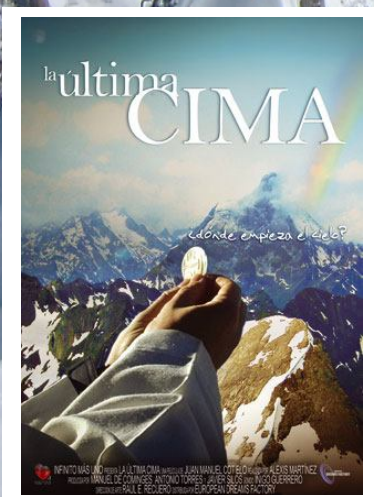


¿Cuál es tu CIMA?



Guía vocacional para trabajar
“La última cima”

Carlos Comendador - www.cineyvocacion.org

¿Cuál es tu última cima?

Guía vocacional para trabajar “La Última Cima”

Carlos Comendador

www.cineyvocacion.org

Se puede difundir y fotocopiar este material sin problemas.
Sólo pedimos que se cite la fuente. Gracias.

Índice

0. Presentación	5
1. Ficha técnica	6
2. Resumen	6
3. ¿Qué es un documental?	6
4. ¿Quién es Pablo Domínguez?	8
5. ¿Quién es Juan Manuel Cotelo?	9
6. ¿Por qué un documental sobre Pablo Domínguez?	9
7. ¿Por qué “La última cima” es una película vocacional? Apuntes para el animador	10
8. Reacciones antes “La última cima”	14
9. Ver y analizar la película	15
10. Nos interpela	15
10.1. Nos interpela: jóvenes	16
10.2. Nos interpela: seminaristas	16
10.3. Nos interpela: adultos y/o matrimonios	17
10.4. Nos interpela: religiosos/as	17
10.5. Nos interpela: sacerdotes	18
11. Para rezar por los sacerdotes	19
12. Materiales complementarios	24
12.1. Diez formas de dar gracias por nuestros curas	24
12.2. Beato Martín Martínez Pascual	25
12.3. Aunque es de noche (José Luis Martín Descalzo)	28
12.4. La muerte vista (y anticipada) por Pablo Domínguez	30
12.5. En la muerte de Pablo Domínguez	30
12.6. Un sacerdote debe ser... ..	32
12.7. La santidad (Benedicto XVI, audiencia general 13 abril 2011) .	33
12.8. ¿Cómo ve usted al sacerdote? (Hoja vocacional nº 149)	35
12.9. ¿Qué espera del sacerdote? (Hoja vocacional nº 62)	37

0. Presentación

Hemos seguido con mucha expectación el “fenómeno” en torno la película-documental de Juan Manuel Cotelo “*La última cima*”. Sin campañas de marketing ni publicidad, con una página web simple, la película ha batido records de asistencia por varias razones.

Primero, el espectador se implica como “distribuidor” de la cinta. Va a hacer lo posible para que se estrene en el cine de su ciudad. Ha sido, además, el boca a boca lo que ha animado a muchos a ir a verla. Segundo, la película está muy bien hecha; es un documental alegre y lleno de esperanza. Tercero, la vida y el ejemplo de Pablo Domínguez enganchan; su historia cautiva a cualquiera. Pero hay una cuarta razón que va más allá de lo que nosotros podemos controlar. Efectivamente, Cotelo comenta que él y su equipo han hecho la película. Todo lo que viene después no lo han buscado ellos, les sobrepasa. Por eso el director no tiene miedo en reconocer que “es cosa de Dios”.

Hemos buceado por internet todo (o casi todo) lo que hay sobre “*La última cima*” y su director Juan Manuel Cotelo. Hemos leído artículos y entrevistas, también las hemos escuchado o hemos visto programas de televisión on-line. Sí, en la red hay muchas cosas, pero no hemos encontrado una guía didáctica para hacer un video-fórum.

La web www.cineyvocacion.org ofrece guías didácticas para trabajar sobre la vocación a partir de todo tipo de películas que ofrecen valores humano-vocacionales. Por eso presentamos ahora estos materiales que pueden ayudar a todos aquellos que quieren organizar un video-fórum o un encuentro en torno a “*La última cima*”.

Sin embargo esto es algo más que una guía didáctica para un video-fórum. Es un pretexto para proponer una reflexión sobre el sacerdocio a partir del ejemplo de Pablo Domínguez. Para ello es necesario un marco de referencia. Por eso los primeros elementos nos ayudan a situarnos: comprender lo que es un documental; conocer algo sobre la vida de Pablo Domínguez, que es el protagonista, y sobre Juan Manuel Cotelo, el director; así como saber qué le movió a realizar el documental.

A continuación ofrecemos una reflexión vocacional del documental, comentando las diversas escenas del mismo. Se intenta resaltar algunos aspectos vocacionales de la vida de Pablo Domínguez. Luego hay una serie de preguntas para la primera parte del video-fórum con las que se pretende tener una mirada más profunda sobre lo que se ha visto (“*Ver y analizar*”).

El segundo bloque parte lleva por título “*Nos interpela*” y se trata precisamente de dejarse interpelar por la película, cada uno según su estado de vida o vocación. El ejemplo de Pablo es válido para todos. Por eso ofrecemos pistas de reflexión diferentes para jóvenes, seminaristas, laicos, religiosos y sacerdotes.

Un visionado de una película que no nos lleve a rezar se queda algo cojo, sobre todo si giramos en torno a la vocación. Si ésta es un misterio en el que Dios es el protagonista, lo suyo es darle a Dios un lugar apropiado. Con esta intención el animador encontrará diferentes oraciones por los sacerdotes que podrá utilizar para preparar una breve celebración comunitaria después del debate.

Al final, hemos agrupado diversos textos que iluminan de una u otra manera el ser y el hacer del sacerdote. Al animador le corresponde saberlos utilizar en el momento apropiado según el público.

Por todo ello se pudo ver que esta guía pretende algo más que hacer un debate. Quizá busquemos colaborar humildemente con Juan Manuel Cotelo en su deseo y sueño de abrir pistas de reflexión a los espectadores. Queremos también contribuir a un homenaje a tantos sacerdotes anónimos que han pasado por nuestras vidas haciendo el bien.

Que el Señor que llamó un día a Pablo a ser sacerdote y que ha acompañado este proyecto de “*La última cima*” nos ayude a todos a alcanzar la cima que nos corresponde.

Carlos Comendador (www.cineyvocacion.org)

1. Ficha técnica

DIRECTOR: Juan Manuel Cotelo

REALIZADOR: Alexis Martínez

PRODUCCIÓN: Manuel de Cominges, Antonio Torres, Javier de Silos

DIRECTOR DE ARTE: Raúl E. Recuero

SONIDO: Íñigo Guerrero (Iglú Producciones)

COLORISTA: Carlos Corresa

2. Resumen

Pablo, sacerdote, sabía que iba a morir joven y deseaba hacerlo en la montaña. Entregó su vida a Dios... y Dios aceptó la oferta. Ahora dicen que está vivo. Pablo era conocido y querido por un número incalculable de personas, que han dejado constancia de ello después de su muerte. LA ÚLTIMA CIMA muestra la huella profunda que puede dejar un buen sacerdote, en las personas con las que se cruza. Y provoca en el espectador una pregunta comprometedora: ¿también yo podría vivir así?

3. ¿Qué es un documental?

La primera cosa que nos llama la atención de *La última cima* es el hecho de que sea un documental, algo casi desconocido para el gran público. Ante un documental es fácil situarse con un montón de prejuicios, porque pensamos directamente en aquellos documentales de la naturaleza o de acontecimientos históricos que animan la siesta de nuestros hogares. Por eso antes de analizar las razones que tuvo Cotelo para hacer un documental, hagamos un pequeño esfuerzo por conocer de qué se trata.

El documental es un cine eminentemente didáctico. No es un cine de segunda, pues desde los inicios del cine el documental ha estado presente con autoridad y eficacia.

El cine documental no es un género. Cuenta hechos que han sucedido o que están sucediendo independientemente de que con ellos se haga o no una película. Sus personajes existen también fuera del film, antes y después del film. Es esto, y únicamente esto, lo que diferencia un film documental de un film de ficción. El film de ficción maneja materiales que sólo existen en el film y para el film.

Tanta o más diferencia que entre un film documental y un film de ficción, hay entre dos documentales. Por ejemplo entre uno que muestra hechos del pasado y otro que presenta hechos de actualidad. Existe tal diferencia entre los materiales que deben manejarse en uno y otro caso, que las estrategias, las técnicas y los métodos de trabajo son radicalmente diferentes.

“Un documental que cuenta algo que ha pasado, trabaja con los restos de eso que ha sucedido hace (mucho o poco) tiempo. Trabaja, en consecuencia, con material de archivo: tomas, fotos o sonidos que pertenecen a esa época pasada. Puede trabajar, también, con imágenes filmadas, ahora, de los lugares en los que sucedieron esos hechos. Y trabaja con los restos de esos hechos en la memoria de la gente, es decir con los testimonios de quienes saben algo de eso que pasó hace tiempo.

Cuando un documental cuenta, por el contrario, cosas que están pasando, que se producen en el mismo instante en que el cineasta las está filmando, el trabajo se organiza de acuerdo a esta característica del material, estos hechos que todavía no se han producido, cuyas eventuales características deben preverse, para poder así decidir qué va a filmarse (de lo que se supone va a suceder) y de qué manera” (Raúl Beceyro, en «Sobre cine documental»)

La mayoría de los autores afirman que el cine documental nació el año 1922, al estrenarse la película *Nanook el esquimal*, de Robert Flaherty, a pesar de que desde el mismo comienzo del cine lo que se filmaba ya eran documentos en movimiento que tenían por objeto tan sólo registrar acontecimientos de la vida cotidiana. Los primeros documentalistas fueron grandes exploradores (Flaherty, Vertov, Grierson) que llegaron a filmar aspectos muy cercanos a ellos y otros en los más remotos lugares de la tierra. Más tarde llegaron directores que prefirieron filmar el cine social, más cercano a su propia realidad, o el cine sobre la naturaleza, como los documentalistas de televisión, con más medios y en algunos casos muy buenos resultados.

Los últimos documentalistas tienen más capacidad de viajar pero no descartan filmar su propio entorno, sin apenas salir del barrio. Actualmente el mundo del documental es muy variado, sin fronteras en sus tratamientos, desde el cine más tradicional hasta el digital, ni en sus contenidos, ya que tratan cualquier actividad, remota o cercana, artística o social, deportiva o científica, sin excluir en ningún caso ni el documental de investigación ni el documento etnográfico.

Con frecuencia, los programas de ficción adoptan una estructura y modo de narración muy cercanas al documental, y a su vez, algunos documentales reproducen recursos propios de la creación de obras de ficción. El género documental es amplio y polivalente, desde el documental puro hasta documentales de creación, pasando por modelos de reportajes muy variados. Se denomina docudrama cuando los personajes reales se interpretan a sí mismos o a los verdaderos protagonistas. El documental falso se llama mockumentary.

Hoy se habla mucho del “docu-ficción”, un tipo de película ficción que recrea ambientes y situaciones reales, con técnicas de filmación documentales. Es muy común en películas de denuncia.

¿Por qué Juan Manuel Cotelo se decidió a hacer un documental sobre Pablo Domínguez y no una película de ficción? La respuesta nos la da el mismo director en Catalunya Cristiana:

“El espectador, en general, lo que quiere son historias que conmuevan. Le da igual que sea dibujo animado, comic, cuentacuentos o novela... Por eso no creo que el género documental sea impedimento para atraer el interés de la gente. De hecho, nos decantamos por el documental por la fuerza de la realidad. La ficción tiene el riesgo de parecer ficción lo que estás contando, incluso cuando está basada en historias reales. La última cima es un documental que narra la historia real de una persona, el sacerdote Pablo Domínguez, explicada por personas que no son actores. El mayor atractivo es la propia personalidad de pablo, que era absolutamente fascinante y divertida. Al mismo tiempo, siendo un intelectual, era una persona cercana y profunda a la vez, al que se le entendía cuando hablaba de Dios y cuando hablaba de la vida. En la vida de Pablo, muchas cosas parecen de ficción, porque era una persona tan buena, pero todo es real. Con esta historia, nuestro objetivo es invitar a la reflexión, aunque con mucho respeto hacia el espectador, sin obligar a nada... Simplemente presentado la vida de Pablo”.

(Para más información sobre el cine documental, ver la web de Enrique Martínez-Salanova¹)

¹ <http://www.uhu.es/cine.educacion/cineyeducacion/cinedocumental.htm>

4. ¿Quién es Pablo Domínguez?

Pablo Domínguez Prieto (Madrid, 3 de julio de 1966 - Moncayo, 15 de febrero de 2009) fue un sacerdote diocesano y teólogo español, autor de varios libros y decano de la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid. Impulsó, así mismo, la fundación de la Facultad de Filosofía San Dámaso de Madrid.

Estudió en San Dámaso entre 1984 y 1989, siendo ordenado sacerdote en 1991, a los 24 años. Continuó sus estudios en filosofía en la Universidad de Münster, en la Universidad Pontificia Comillas y en la Universidad Complutense, donde obtuvo un doctorado (1993). Ejerció como catedrático de Filosofía sistemática en San Dámaso desde 1998, donde fue nombrado Decano en el año 2003, y delegado del Gran Canciller para las Facultades de San Dámaso, en el año 2008. Fue capellán de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, del Colegio San José de Cluny y del Colegio Mayor Vedruna. Fue profesor invitado en varias universidades, como la de Alcalá de Henares, la Facultad de Teología del Callao (Perú) y el Seminario Internacional Redemptoris Mater de Ámsterdam, e impartió más de 50 conferencias. Cuantos le conocieron estacan su capacidad intelectual, como especialista en Lógica y Filosofía de la Ciencia

Como filósofo y teólogo impartió numerosos cursos y conferencias y escribió varios artículos y libros, entre los que destacan *Indeterminación y Verdad* (1995), *Concepción de la polivalencia Lógica en la Escuela de Varsovia* (2001), *Teoría del contorno lógico* (1999) y *Lógica Modal y Ontología* (2001) .

Entre otros cargos, fue miembro del consejo de redacción de la Revista *Communio*, desde 1992 hasta el 2004; miembro del consejo de redacción de la Revista Española de Teología, desde febrero del 2000; y director de la colección *Filosofía de la Lógica* de la editorial Nossa y Jara desde enero del 2001, así como colaborador del programa *La linterna de la Iglesia*, de la cadena Cope.

Muy aficionado al montañismo. Era buen montañero. Coronó todas las cimas españolas con más de 2.000 metros, cimas de Los Alpes con más de 4.000 metros, y otras mayores en América y Asia. Siempre que podía, celebraba misa en la cumbre.

Sacerdotes, monjas y gente de toda condición le pedían que predicara ejercicios espirituales, por todo el mundo. Y no sabía decir que no. Eso le llevó a un convento cisterciense en Tulebras (Navarra), en febrero de 2009. Les habló de la muerte, con alegría. Al día siguiente subió al Moncayo (2.300 metros), la última cima española que le quedaba por conquistar. Las últimas palabras que dijo a su familia por teléfono, unos minutos antes de morir, fueron: "he llegado a la cima". falleció en un accidente de montaña en el Moncayo junto a la montañera y profesora Sara de Jesús Gómez, de la Universidad Francisco de Vitoria. En 2010 se publicó su «testamento espiritual», *Hasta la cumbre*, que recoge las conferencias que dio antes de morir en el Monasterio de Santa María de la Caridad, en Tulebras.

Hasta aquí son los datos biográficos, objetivos, casi fríos. Para conocer a Pablo "por dentro", cómo era, cómo le veían los otros, qué hacía y cómo lo hacía, qué amaba profundamente, etc... para un poco el misterio de Pablo dejémonos llevar por el documental.

5. ¿Quién es Juan Manuel Cotelo?

Juan Manuel Cotelo Onate (1966) es un periodista español. También ha trabajado en el mundo audiovisual, tanto de guionista como de director de cine.

Nace en Madrid y se licencia en periodismo por la Universidad de Navarra, comenzó trabajando en televisión como redactor de una agencia de noticias. También ha trabajado en otras facetas del mundo audiovisual: publicidad, videoclips y producciones para televisión, sobre todo, a través de la productora pamplonesa Internacional Television Productions. Ha sido actor en la películas *Torremolinos 73* (2004), de Pablo Berger; y en series de televisión como *Compañeros* (1998–2002), *Javier ya no vive solo* (2002), *7 vidas* (2001–2004), *Hospital Central* (2005) y *El comisario* (2006).

Con 30 años decidió dar el salto al largometraje a partir de un guión que estuvo madurando largo tiempo: *El sudor de los ruiseñores* (1998). La película es una comedia dramática sobre la emigración, protagonizada por el prestigioso violonchelista rumano Alexandru Agarici y cuyo guión fue premiado en el II Encuentro Universitario de Cine Iberoamericano de Huelva.

En 2007 ha dirigido los cortometrajes "*Esto no es una ONG*" y "*Corto descafeinado*", junto a Antonio Esteve, Alexis Martínez y Jorge García.

En 2010 dirigió *La última cima*, un documental basado en la vida de Pablo Domínguez Prieto, sacerdote madrileño que falleció en febrero de 2009 en un accidente al descender la cima del Moncayo, cuando tenía 42 años.

Es director de la productora "*Infinito + 1*" con la que pretende hablar en los medios de comunicación social del cine, la televisión, internet... de las inquietudes espirituales del siglo XXI con creatividad y calidad. Una espiritualidad que Occidente ha perdido en alguna parte.

6. ¿Porqué un documental sobre Pablo Domínguez?

En todas las entrevistas concedidas, a Juan Manuel Cotelo le han preguntado por qué se decidió a hacer un documental sobre Pablo Domínguez. Para responder siempre cuenta la experiencia del encuentro personal que tuvo con él precisamente doce días antes del fatídico accidente. Un amigo le había insistido durante meses para que le conociera. Y tanto insistió que finalmente acudió a una conferencia con la idea de grabarla con una cámara nueva que acababa de comprar. Al final de la charla le saludó y lo primero que le llamó fue que él se puso a su servicio: "Si te puedo servir para algo, pídemelo". La cosa quedó ahí.

Cuando se enteró de la muerte de Pablo, Cotelo pensó hacer una copia de aquella conferencia y dársela como regalo y recuerdo a los que participaron en el entierro (junos tres mil!). Con esta intención entrevistó a alguien para que sirviera como presentación del vídeo. Pero le llamó la atención lo que decía de él que no le parecía posible. Así que decidió entrevistar a otra persona más y luego a otra y así sucesivamente. Descubrió que la gente hablaba con pasión de alguien que les había hecho felices.

Cotelo no tenía la intención de contar la película, pero fue descubriendo la huella de Pablo en las vidas de los que compartieron con él la vida. En definitiva, fueron los testimonios que encontró sobre Pablo lo que le hizo descubrir "que había una historia que contar", porque las historias hermosas que no se conocen son muchas. Así nos dice: "*Me gustan las historias de esos héroes cotidianos y anónimos de los que el mundo está repleto y a los que tan a menudo los medios de comunicación no les prestan atención*".

Entonces, ¿porqué la última cima?. Sigamos la reflexión del director: "*Lo mejor es que la vida de Pablo es absolutamente normal. A veces pensamos que la santidad tiene que ver sólo con lo*

extraordinario: el martirio, los milagros, los carismas fundacionales... Lo extraordinario de la vida de Pablo es que todo era ordinario. Lo que destacan de él es su alegría, su entrega a los demás, su amor a Dios... Este tipo de virtudes es accesible a todas las personas. No se trata sólo de hacer grandes cosas. A los que hemos hecho el documental, la vida de Pablo nos ha hecho mejores personas, y esperamos que también suceda así con los espectadores". Casi nada. Coteleo quiere mostrar la huella profunda que puede dejar un buen sacerdote en las personas con las que se cruza.

Por todo ello podemos suscribir que *"el director no intenta defender a la Iglesia Católica, a la religión o al mundo adyacente. Tan sólo plasma las vivencias de todas estas personas que conocieron al protagonista, y lo hace con humor, ironía y respeto. Pero resulta que los entrevistados, no sólo parecen buenas personas, con preocupaciones como las suyas, como las mías, sino que además, son capaces de retransmitir la alegría que el sacerdote malogrado fue capaz de traer a sus vidas. Aportándoles humor, apoyo, confianza, cariño..."*².

¿Y por qué se titula 'La última cima'? Como nos cuenta Marta Martín Gil en el Diario de Ávila: «El título es el resultado de una serie de casualidades», explica Coteleo, que menciona en primer lugar el hecho de que Pablo, enamorado de la montaña, falleciese escalando la última cima de su vida. «Una cima que, además, era la última cima española de más de 2.000 metros que le quedaba por escalar», puntualizó el director, que descubre también que las últimas palabras vía telefónica que el sacerdote cruzó en vida con su familia fueron «He llegado a mi última cima». Por último, Coteleo también recordó que la inmensa mayoría de los entrevistados coincidieron en asegurar que «la cima más alta de Pablo fue la santidad»³.

7. ¿Por qué "La última cima" es una película vocacional? Apuntes para el animador.

Decir que el documental de Juan Manuel Coteleo es vocacional simplemente porque nos presenta la vida de un sacerdote no es suficiente y sabe a poco. Por ello, es necesario resaltar algunos elementos vocacionales que nos ayuden a reflexionar y que sirvan para presentar la vocación, en concreto la vocación sacerdotal, a todos los cristianos. Veamos entonces algunos de esos puntos interesantes comentando los diferentes capítulos del documental.

Introducción

El comienzo del documental es impactante y engancha. En esos primeros minutos el director nos muestra abiertamente cuál es su intención: la vida de Pablo merece ser conocida por todos simplemente porque es un buen cura. Por eso lo quiere contar pero sin pretensiones biográficas o sociológicas; pero sabiendo también que si no lo hace su vida pasaría desapercibida a los medios de comunicación porque no llamaba la atención. *"No era pederasta, ni mujeriego, ni ladrón, tampoco era misionero en la selva, ni el fundador de una nueva institución de la Iglesia"*.

Así, salimos con la cámara en mano por las calles de Valencia para preguntar a la gente lo que piensa de los sacerdotes. Hay respuestas para todos los gustos, muchas de ellas estereotipadas. En una entrevista, Coteleo cuenta que las tres preguntas que iban haciendo a la gente eran las siguientes:

- ¿Qué piensas de los curas?

² http://www.laofffocritica.com/criticas/critica_ultimacima.html

³

<http://www.diariodeavila.es/noticia.cfm/Local/20100725/pelicula/ultima/cima/es/sencilla/es/evangelio/0596EE24-B63F-D1D1-4BB077EFB1CCB55A>

- ¿Cuánto tiempo de tu vida has dedicado a hablar con un cura?
- Si te presento a un sacerdote bueno, ¿te gustaría conocerlo?

Comentado las respuestas dadas por los transeúntes, Coteló resalta que el 80% tenía una buena imagen de los sacerdotes; que la mayoría de los que pensaban mal de los sacerdotes apenas habían tratado con ellos personalmente, por lo que simplemente se trataba de clichés y estereotipos; que a todos les gustaría conocer a un buen sacerdote. Sí, alguno reconoce que tiene que haber buenos curas, pero se pregunta ¿dónde están?, porque no se les ve. Pues vamos a conocer uno de los buenos.

Alegre

Coteló hace un montaje a partir de contrastes. Frente a las críticas negativas y prejuicios sobre los sacerdotes, nos presenta el modelo de Pablo Domínguez. Si una mujer dice que no conoce a un sacerdote alegre, vemos en Pablo una persona muy alegre, incluso divertida, de tal manera que alguien le define como un “cómic de Dios”. En este sentido no deja de ser curioso que hablando de la alegría se nos cuente la “pedagogía” de Pablo en el sacramento de la Reconciliación. Parece que con él es el sacramento de alegría: confesarse con él era divertidísimo.

Esta alegría de Pablo se pone de manifiesto sobre todo en su trato con los niños. Sabía hacer el tonto con los niños, haciéndose uno de ellos. Dicen que tenía alma de niño. Pero no se queda ahí. No se trata de hacer el ganso por que sí. Siempre hay algo más, y eso lo descubrimos con el testimonio de Curry, un sacerdote roquero que nos cuenta una anécdota de su infancia. Siendo un trasto de niño, Pablo le dijo que llegaría a ser sacerdote. Y así fue, por eso Pablo no pudo faltar a su primera misa.

Cura siglo XXI

Si alguien dice que a los curas no se les entiende, que hablan de algo muy antiguo, como si estuvieran “en la Edad Media”, vemos a Pablo como un “cura siglo XXI”. Y no lo es porque sea “moderno o guay”, sino porque se le entiende cuando habla. Su mensaje llega a todos. Se nos cuenta entonces los tres “regalos” que pidió a sus amigos el día de su ordenación: que le ayuden a que sus homilias no duren más de 15 minutos, que nunca “hable” como un cura y que nunca haga con las manos el típico gesto de los curas. Es decir, Pablo quiere romper con una determinada imagen poco atractiva de sacerdote y quizás un poco distante de la gente normal y corriente.

Todas estas buenas intenciones se plasman en su manera de predicar. ¿Cómo eran sus homilias? Nos dicen que no eran teóricas, que hacía descubrir el punto central del evangelio, que estaba convencido de lo que decía, que utilizaba un lenguaje que la gente entendía, etc...

Cercano con todos

Pablo tiene tantas cualidades humanas que hubiera triunfado si hubiese sido un personaje público. Es alguien verdaderamente “mediático”. Pero el “problema” es que es un cura, un cura que vive su fe en este mundo que Coteló presenta como “una jungla”. Y en esta jungla, hay unos mandamientos, que son los siguientes:

- Tú a lo tuyo. Si una persona te sirve para algo, utilízala. Y si no, pasando de ella.
- Aparenta más de lo que eres.
- Compra cosas, muchas cosas, bonitas y caras, cuantas más, mejor.
- Date prisa en disfrutar, que la vida son dos días.

En esta jungla egoísta e individualista, Pablo se muestra cercano con todos los que se cruzan por su camino; es una persona disponible. No faltan testimonios en esta línea: sus alumnos que vienen de otros países, los anarquistas, los que le insultaban en el metro, los ateos, los

homosexuales, los pobres, los curas, las monjas, las familias, los enfermos, gente que pasaba por una depresión, gente que quería abortar (se nos ofrece aquí un testimonio precioso de María)... Toda esta gente se encuentra, de una u otra manera, perdidos en esta jungla. Todos necesitan un punto de apoyo, una brújula, una referencia. Pablo lo había sido para todos ellos precisamente porque no era dogmático, sino acogedor. No juzgaba a nadie. Delante de él todos son hijos de Dios, sin distinciones.

Humilde

Se les echa en cara a los curas que son soberbios. Pero Pablo no es era así. Siendo inteligente y teniendo cierta fama no se ponía ninguna medalla. Precisamente por ello, porque era inteligente, sabía que todos los dones que tenía venían de Dios. Por eso siempre estaba dando las gracias a Dios y a todos los demás. No sabía conjugar la vida en primera persona del singular.

Generoso

En la calle, una vez más, se critica a los curas porque viven muy bien, porque chupan de los pobres y necesitados, porque viven en la riqueza y la ostentación. ¿Y Pablo? Pablo era generoso. Muere sin dejar nada en su cuenta, ayudaba a familias desfavorecidas con las gratificaciones que tenía, etc...

Esta actitud de generosidad le lleva a olvidarse de sí mismo. Es cierto que tenía sus achaques, de tal manera que llegó a hacer 42 consultas médicas en siete años. Pero no le daba importancia.

Fue generoso sobre todo con el tiempo. Se presentaba como un "cura 24 horas", sin tiempo para sí mismo, sino para los demás. Hacía magia con él. No tenía prisa para escuchar cuando venían a hablar con él. En ese momento, la persona que tenía delante era lo más importante para él.

Dios y Pablo

Un hombre por sí solo no puede actuar así. Su secreto estaba en la Eucaristía. Por eso "no jugaba en igualdad de condiciones". Aquí Cotelo nos da una idea clave de todo el documental. El homenaje por tantas buenas cosas no debe ser para Pablo, sino para Dios. Se trata de hacer protagonista a Dios. En una entrevista concedida a arcipresa el director nos dice El protagonista de la vida de Pablo es Dios y, en la película, también. No hay, entre todos los actores y actrices más famosos del mundo, un protagonista más atractivo y atrayente que Dios.

Así se nos antoja necesario hilar más profundo para indagar en el misterio de Pablo y profundizar en la relación que tenía con Dios.

Pablo sintió una llamada que se ha repetido constantemente. Lo escuchamos en su propio testimonio. Era un hombre de oración, incluso desde que era niño. Tuvo con Dios una relación de enamorado. Eso lo muestra una frase que resultó chocante para su padre: "Yo ya no me pertenezco". Esa frase la dijo el día de su ordenación sacerdotal.

Esta relación con Dios es fundamental para conocer a Pablo. En una entrevista concedida a ABC, el director nos lo explica así: *"Si un cura es un tío listo, simpático, guapo, amigo de los niños y nada más es un estafador. Es decir, si sólo es eso, pues mi consejo es que se quite la sotana que sea amigo, y ahí se acaba todo. Pero Pablo, a diferencia del que sólo es "guay" se sabía portador de un mensaje que no era el suyo, elegido para una misión que escapaba a sus fuerzas. Su fe no era teórica: él se tuteaba con Dios".*

Esta misma idea la recoge Juan Manuel Prada: *"La última cima podría haberse conformado con la evocación del cura carismático; pero Cotelo quiere profundizar en el sentido y en la razón de ese carisma. Y es entonces cuando la película se torna escandalosa para la mentalidad contemporánea, porque habla de lo sobrenatural irrumpiendo en la vida de un cura*

“ordinario”, habla de lo sagrado anidando eucarísticamente en el corazón humano, ensanchando los horizontes de una vida entera”⁴.

Se nos habla entonces de su sentido de pertenencia a la Iglesia y de su amor por ella. Tenía el don de hacerte “gelatinosa algunos aspectos institucionales de la Iglesia”, difíciles de tragar para mucha gente. Y esto sólo era posible porque tenía una imagen optimista, vitalista y esperanzada de ella. Quizá por ello pudo ayudar a muchos en un proceso de conversión personal e institucional.

Sobre el celibato se puede teorizar mucho, pero aquí contemplamos la vida. Lo llamativo del documental es que podemos escuchar el testimonio de amigos casados sobre la manera que tenía Pablo de vivir su celibato. A pesar de que era atractivo y guapo, lo vivía como una “ventaja” con respecto a los casados, porque le daba una gran libertad: si no estás comprometido con nadie, puedes comprometerte con cualquiera. Por eso sabía valorar también la importancia y el peso de la vocación matrimonial.

Pablo y la montaña

Para Pablo la montaña tenía un aspecto místico. Era símbolo de la presencia de Dios, donde se sentía en contacto con él. Por eso tenía la costumbre de celebrar allí la misa siempre que podía. Esta experiencia les servía a él y a los que le acompañaban a ponerse en orden y armonía con el cosmos. La cumbre para él era símbolo de aquello a lo que él aspiraba en la vida. La Naturaleza le acercaba a Dios.

La muerte

Antes de subir al Moncayo donde encontró la muerte, Pablo fue invitado a animar los ejercicios espirituales de las religiosas de Tulebras (Navarra). La hermana Pilar nos cuenta que les habló del encuentro con Dios, de dejarse sorprender por él. Pero sobre todo habló de la muerte como si ya estuviera maduro para el encuentro con el Padre. La muerte para él no era otra cosa que una puerta que nos abre al cielo.

La foto del beato Martín Martínez Pascual antes de ser fusilado que tenía en su escritorio sirve de ejemplo para entender cómo él comprendía la muerte, su muerte. Le llamaba la atención la mirada de aquel sacerdote, su rostro, su expresión serena. Quizá era la misma serenidad que sentía Pablo cuando contemplaba la puerta de la muerte.

Pablo abrió y cruzó esa puerta junto a Sara de Jesús, allí donde los dos querían: en la montaña. Lo último que él dijo por teléfono a su familia fue: “He llegado a la cima”. Pero ¿de qué cima se trata?

¿Cómo reaccionaron los demás, sus padres, sus hermanos, sus amigos? Con fe, dando gracias a Dios porque Pablo ha llegado a la meta, a la cima. Es impresionante escuchar de ellos la experiencia que tienen de su presencia cercana a pesar de la ausencia física. Experimentan que Pablo y Sara están en el cielo y “nos acompañan y nos cuidan”. Tienen la experiencia “de saber que están ahí”.

Un modelo

¿Por qué Pablo Domínguez puede ser un modelo actual para nosotros? Se nos ofrecen al final testimonios para dar una respuesta a esta pregunta. La cumbre a la que llegó fue la santidad, entendida como excelencia. Pablo fue una persona que disfrutó de ser hombre, sacerdote, cristiano, con sus amigos, en la naturaleza. Él nos hace entender que es posible la santidad, servir a los demás, hacer alegre la existencia de alguien. Es posible, porque alguien lo ha hecho de una manera sencilla, discreta y ordinaria. Para algunos, Pablo es fuente de inspiración, porque es un modelo imitable. Uno se pregunta ¿cómo actuaría Pablo ahora?. Otro se decide a vivir cada

⁴ <http://www.abc.es/20100612/opinion-colaboraciones/juan-manuel-prada-ultima-20100612.html>

momento, abrazándolo, amándolo sin esperar nada a cambio, tal y como Pablo se lo enseñó. ¿Y yo? ¿Qué puedo hacer yo?

Sí, es cierto que Pablo es un modelo para los sacerdotes, de tal manera que se nos dice que el mundo cambiaría mucho si los sacerdotes fueran como él. Pero por todo lo que vamos viendo también es un modelo para toda persona, porque en palabras del director, Pablo es “un héroe que no hizo ninguna heroicidad”. Por eso su intención es muy clara: quiere mostrar al espectador que él puede ser así, que no hace falta ser cura para hacer feliz a la gente. Además, los valores que encarnó Pablo son universales y necesarios para todo el mundo, no sólo para los católicos.

El mismo Coteló nos presenta el ejemplo de Pablo Domínguez para los laicos también: *“El ejemplo de Pablo es para todo el mundo, porque sus virtudes son las que toda persona debería vivir. Lo que destacan de Pablo quienes le trataron era su alegría, con cuánta atención escuchaba a las personas, cómo se ponía al servicio de quien tuviera delante, cómo jamás hablaba de sí mismo, de qué modo se hacía amigo de toda persona: creyentes, ateos, mendigos, ricos, homosexuales, niños, ancianos, estudiantes, obreros... Todo eso es completamente imitable. No son virtudes para un cura, sino para toda persona. Con Pablo se demuestra que el Evangelio no es para unos privilegiados, sino para todo ser humano. Su ejemplo es un estímulo de vida para cualquiera. De hecho, son muchos los ateos que han visto la película y se han conmovido por su ejemplo, agradeciéndonos que hayamos hecho este documental. Y el modo con el que trataba a Dios no era diferente del modo con el que trataba a las personas: con amor”*.

Conclusión

¿Cuál es la conclusión de este documental? ¿El objetivo no es otro que ensalzar la figura de Pablo? No, no se reduce a eso. Quizás ha podido servir para cambiar la imagen que algunos tienen de los sacerdotes. Así lo piensa Mons. Munilla cuando escribe diciendo que el documental derriba ciertos estereotipos falsos sobre el sacerdocio.

Sin embargo la vida de Pablo Domínguez, en la película, refleja la traducción práctica de una vida de fe: es posible ser feliz y contagiar felicidad. Es posible vivir en el cielo, ahora, con los pies en la tierra. Es una vida llena de valores espirituales es apta para todos, también para aquéllos que tienen una vida más materializada. No se puede negar a una persona un producto que trata esencialmente del espíritu, porque la dimensión espiritual hay que darla a conocer.

Como el mismo director ha afirmado, “La última cima” no es una película que concluye. No se lanzan respuestas sino preguntas para provocar una vida mejor.

8. Reacciones ante la “Última cima”

Para presentar adecuadamente “La última cima”, no podemos abstraernos de todo el fenómeno social que le ha acompañado. Esto también puede ayudar al animador del video fórum. Recogemos aquí algunos ecos que hemos encontrado por la red:

Para el director, el tiempo que la película lleva en los cines españoles han sido “seis meses de milagros reales: personas que regresan a recibir los Sacramentos después de años alejados de la Iglesia, matrimonios que se reconcilian, personas que han abortado y solicitan la ayuda de un sacerdote, sacerdotes que regresan al ejercicio de su ministerio, padres que bautizan a sus hijos ya mayores, niños que nacen en lugar de ser abortados, jóvenes que deciden entregar su vida a Dios...”⁵.

⁵ <http://www.zenit.org/article-37555?l=spanish>

“Con esta película se va a producir un milagro que consiste en que habéis entrado en la sala como espectadores, pero el mundo de hoy no necesita espectadores sino activistas. Y vosotros vais a salir de aquí como activistas. Activistas del amor de Dios”⁶.

“*La última cima* muestra la huella profunda que puede dejar un buen sacerdote en las personas con las que se cruza. Y que revela cómo, después de su muerte, Pablo sigue coronando cimas en las almas de miles de personas, conmovidas por el ejemplo de su vida, de su enorme fe, de su entrega a todos, de su alegría sin límites” (Pepe Álvarez de las Asturias⁷).

Una película que curara corazones. Porque un buen cura, cura. Y Pablo no aspiraba a caer bien a nadie, sino a curar a quien lo necesitara. Ése es el éxito inconmensurable de *La última cima*: la colección de heridas curadas entre los espectadores que la han visto, aunque entraron en la sala llenos de prejuicios, creyéndose sanos⁸.

En diversas entrevistas que hemos escuchado, el director interpela vivamente con lo que espera que la película pueda provocar en los espectadores. Llega a decir cosas como estas:

- Esta película tiene que llevarte a Dios. Pablo despierta en mí ir más lejos, que se puede ir más alto.
- La gente entra como espectador y salen otra cosa, cambiados.
- Deseo para el espectador lo que me ha pasado a mí: el descubrimiento de que también tú puedes ser así.

9. Ver y analizar la película.

Ofrecemos a continuación una serie de preguntas que nos pueden ayudar a profundizar en la película. Se trata de analizarla fijándose en algunos detalles. Estas preguntas valen para todos los públicos. El animador podrá seleccionar las que mejor convengan al grupo.

- a. ¿Qué primera impresión te deja la película?
- b. ¿Refleja la película la opinión que la gente tiene de los sacerdotes?
- c. ¿Qué es lo que más te ha llamado la atención de las intervenciones del director? ¿Por qué?
- d. ¿Estás de acuerdo con los cuatro mandamientos de la “jungla” que presenta el director? ¿Añadirías algún otro?
- e. ¿Cuáles son los rasgos de Pablo Domínguez que más te han impresionado? ¿Por qué?
- f. ¿Qué significa para Pablo ser sacerdote?
- g. ¿Cuál es la relación que él tiene con Dios? ¿Quién es Dios para él?
- h. ¿Cómo entiende él la muerte?
- i. ¿Qué testimonio de las personas que le han conocido te ha llamado más la atención? ¿Por qué?
- j. Según la película, ¿qué es un sacerdote?
- k. ¿Cómo se nos presenta la santidad? ¿Qué hay que hacer para ser santo?

⁶ <http://www.hazteoir.org/node/30593>

⁷ <http://www.elsemanaldigital.com/blog.asp?idarticulo=107471>

⁸ Revista de la Academia de cine n171, octubre 2010

- l. ¿Cómo es la música? ¿Qué sentimientos suscita en el espectador?
- m. ¿Cuál es el simbolismo que hay en torno a la montaña?
- n. ¿Qué te sugiere el título “*La última cima*”?

10. Nos interpela.

Una vez que hemos profundizado en la película en sí, es bueno dejarse interpelar. Como Cotelo comenta, antes de verla uno entra en el cine como un simple espectador pero después sale “cambiado”. Pero ese cambio, o si se quiere conversión, hay que provocarlo. En este sentido se ofrece otra serie de preguntas o actividades para trabajar con los diversos públicos con los que se puede hacer el video fórum.

10.1. Nos interpela: jóvenes

- a. ¿Qué piensas tú de los sacerdotes?
- b. ¿Conoces personalmente algún sacerdote? ¿Cuál es el trato que tienes con él?
- c. ¿Qué es lo que no te gusta de los sacerdotes? ¿Has tenido alguna decepción?
- d. ¿Qué es lo que más aprecias en los sacerdotes?
- e. ¿Crees que abundan los curas buenos como Pablo?
- f. Después de ver la película ¿en qué sentido ha cambiado tu manera de ver los sacerdotes?
- g. ¿Qué significa para ti la muerte? ¿Estás de acuerdo con lo que piensa Pablo sobre ella?
- h. ¿Has pensado alguna vez en ser sacerdote? ¿Qué sentimientos suscita en ti esta vocación?
- i. ¿Es posible ser un buen cura en la “jungla” de la que nos habla el director?
- j. ¿Cómo es tu relación con Dios? ¿Quién es Dios para ti?
- k. Se puede invitar a los jóvenes a hacer una encuesta en la calle como la que hizo Cotelo para la película. Después se pueden comentar en el grupo los resultados obtenidos. Estas eran las preguntas que el director hacía a la gente:
 - ¿Qué piensas de los curas?
 - ¿Cuánto tiempo de tu vida has dedicado a hablar con un cura?
 - Si te presento a un sacerdote bueno, ¿te gustaría conocerlo?
- l. Otra posibilidad puede ser hacer una entrevista al párroco y preguntarle sobre su vocación, sus sueños, sus ilusiones... Animar a los jóvenes a que utilicen las nuevas tecnologías y puedan hacer un video casero.
- m. Escribir una carta a Pablo Domínguez comentándole lo que nos ha sugerido la película sobre su vida.

10.2. Nos interpela : seminaristas

- a. ¿Qué es para ti ser sacerdote?
- b. Después de ver la película ¿en qué sentido ha cambiado tu manera de ver los sacerdotes?
- c. ¿Qué es lo que no te gusta de los sacerdotes? ¿Qué tipo de sacerdote no te gustaría ser?
- d. ¿Qué es lo que más aprecias en los sacerdotes?
- e. ¿Crees que abundan los curas buenos como Pablo?

- f. ¿En qué sentido Pablo Domínguez puede ser un modelo para ti?
- g. ¿Por qué quieres ser sacerdote?
- h. ¿Te crees capaz de ser un buen cura en la “jungla” de la que nos habla el director?
- i. ¿Qué sientes ante las críticas y los tópicos que hay contra los sacerdotes? ¿Cómo te sitúas ante ellos?
- j. ¿Cómo es tu relación con Dios? ¿Quién es Dios para ti?
- k. ¿Cuál es la cima a la que Dios te llama?
- l. ¿Qué significa para ti la muerte? ¿Estás de acuerdo con lo que piensa Pablo sobre ella?
- m. Si te gusta la montaña, ¿has tenido alguna vez una experiencia espiritual de encuentro con el Señor?
- n. Escribir una carta a Pablo Domínguez comentándole lo que nos ha sugerido la película en nuestro camino hacia el sacerdocio.

10.3. Nos interpela: adultos y/o matrimonios

- a. ¿Qué piensas tú de los sacerdotes?
- b. ¿Conoces personalmente algún sacerdote? ¿Cuál es el trato que tienes con él?
- c. Como pareja o matrimonio, ¿habéis tenido un trato especial con algún sacerdote?
- d. ¿Qué es lo que no te gusta de los sacerdotes? ¿Has tenido alguna decepción?
- e. ¿Qué es lo que más aprecias en los sacerdotes?
- f. ¿Crees que abundan los curas buenos como Pablo?
- g. ¿Es posible ser un buen cura en la “jungla” de la que nos habla el director?
- h. Después de ver la película ¿en qué sentido ha cambiado tu manera de ver los sacerdotes?
- i. Al final de la película Cotelito pide perdón a los curas porque no les tiene mucho en cuenta. Pero también les da las gracias por haberle acompañado en los momentos más importantes de su vida. En este sentido ¿por qué cosas pedirías tú perdón a los sacerdotes en general? ¿Por qué les darías tú las gracias?
- j. ¿Qué podéis hacer como pareja o matrimonio para ayudar a los curas que conocéis a que sean mejores curas?
- k. ¿Cómo es tu relación con Dios? ¿Quién es Dios para ti? ¿Te ayuda en este sentido el ejemplo de Pablo?
- l. ¿Qué significa para ti la muerte? ¿Estás de acuerdo con lo que piensa Pablo sobre ella?
- m. ¿En qué sentido el ejemplo de Pablo os puede inspirar en vuestra vida de cristianos que viven la vocación matrimonial?

10.4. Nos interpela: religiosos/as

- a. ¿Qué es un sacerdote para ti?
- b. ¿Cuál es el trato que tienes con los sacerdotes? ¿Tienes algún sacerdote amigo?
- c. ¿Qué es lo que no te gusta de los sacerdotes? ¿Has tenido alguna decepción?
- d. ¿Qué es lo que más aprecias en los sacerdotes?
- e. ¿Crees que abundan los curas buenos como Pablo?
- f. ¿Es posible ser un buen cura en la “jungla” de la que nos habla el director?

- g. Después de ver la película ¿en qué sentido ha cambiado tu manera de ver los sacerdotes?
- h. Al final de la película Cotelo pide perdón a los curas porque no les tiene mucho en cuenta. Pero también les da las gracias por haberle acompañado en los momentos más importantes de la su vida. En este sentido ¿por qué cosas pedirías tú perdón a los sacerdotes en general? ¿Por qué les darías tú las gracias?
- i. ¿Cómo consagrado/a qué puedes hacer para ayudar a los curas que conoces a que sean mejores curas?
- j. ¿Cómo es tu relación con Dios? ¿Quién es Dios para ti? ¿Te ayuda en este sentido el ejemplo de Pablo?
- k. ¿Qué significa para ti la muerte? ¿Estás de acuerdo con lo que piensa Pablo sobre ella?
- l. ¿En qué sentido el ejemplo de Pablo te puede inspirar en tu vida de consagrado/a?

10.5. Nos interpela: sacerdotes

- a. La primera impresión. En muchas ocasiones, el director Juan Manuel Cotelo nos habla del encuentro personal que tuvo con Pablo Domínguez y la primera impresión que tuvo: “Encontré en él un sacerdote simpático, bromista, profundo, cariñoso y cercano, que inmediatamente se puso a mi servicio”. Según tu propia experiencia ¿cómo es la primera impresión que la gente tiene de ti como sacerdote?
- b. En una entrevista Cotelo definió la misión del sacerdote en estos términos:
- c. *“Los sacerdotes, hoy y siempre, pueden facilitar a las personas el acceso a lo único que puede colmar el corazón humano: el amor incondicional de Dios a cada persona, sea como sea, viva como viva. La auténtica vida sacerdotal es la misión más trascendente que una persona puede tener encomendada en la vida: llevar hasta el corazón de las personas el amor y la paz de Dios, la única garantía de felicidad completa que existe. Esa misión no caducará jamás, ni hay que reinventarla cada vez que las circunstancias sociales varíen. Por eso no creo que haya que perder mucho tiempo analizando la “ coyuntura social”, sino que hay que ponerse manos a la obra, dando amor a quien se ponga por delante, como hizo Pablo, sin mayores planteamientos”.* ¿Qué te sugiere esta visión del sacerdote dada por un laico?
- d. ¿Por qué entraste un día en el seminario? ¿Cuáles eran tus motivaciones?
- e. ¿Cuáles son ahora tus motivaciones para seguir siendo sacerdote?
- f. ¿Qué aspectos de la vida y el ministerio de Pablo te interpelan más en tu ser sacerdote? ¿Por qué?
- g. ¿Es posible ser un buen cura en la “jungla” de la que nos habla el director?
- h. ¿Qué puedes hacer para ayudar a tus compañeros sacerdotes y favorecer una auténtica fraternidad sacerdotal?
- i. ¿Qué significa para ti celebrar la Eucaristía?
- j. ¿Cómo es tu relación con Dios? ¿Quién es Dios para ti? ¿Te ayuda en este sentido el ejemplo de Pablo?
- k. ¿Qué significa para ti la muerte? ¿Estás de acuerdo con lo que piensa Pablo sobre ella? ¿Cómo hablas tú de la muerte con la gente?
- l. ¿Cuál es para ti la cumbre a la que el Señor te llama?

11. Para rezar por los sacerdotes

Conviene siempre encontrar los momentos y los espacios para rezar por los sacerdotes. Proponemos aquí algunas oraciones que se pueden utilizar según establezca el animador.

a. Oración por los sacerdotes

Señor Jesús, presente en el Santísimo Sacramento,
que quisiste perpetuarte entre nosotros
por medio de tus Sacerdotes,
haz que sus palabras sean sólo las tuyas,
que sus gestos sean los tuyos,
que su vida sea fiel reflejo de la tuya.
Que ellos sean los hombres que hablen a Dios de los hombres
y hablen a los hombres de Dios.
Que no tengan miedo al servicio,
sirviendo a la Iglesia como Ella quiere ser servida.
Que sean hombres, testigos del eterno en nuestro tiempo,
caminando por las sendas de la historia con tu mismo paso
y haciendo el bien a todos.
Que sean fieles a sus compromisos,
celosos de su vocación y de su entrega,
claros espejos de la propia identidad
y que vivan con la alegría del don recibido.
Te lo pido por tu Madre Santa María:
Ella que estuvo presente en tu vida
estará siempre presente en la vida de tus sacerdotes. Amen

b. Oración por los sacerdotes (Madre Teresa de Calcuta)

María Madre de Jesús y de cuantos participan de su misterio sacerdotal, acudimos a ti como hijos que acuden a su Madre.
Ya no somos niños, sino adultos que de todo corazón desean ser hijos de Dios.
Nuestra condición humana es débil; por eso venimos a suplicar tu ayuda maternal para conseguir sobreponernos a nuestras debilidades.
Ruega por nosotros, para que, a nuestra vez, podamos ser personas de oración.
Invocamos tu protección para poder permanecer libres de todo pecado.
Invocamos Tu amor para que el amor pueda reinar, y nosotros podamos ser compasivos y capaces de perdonar.
Invocamos tu bendición para que nuestros sacerdotes puedan ser como la imagen de tu Hijo, Señor y Salvador nuestro Jesucristo. Amén.

c. Oración por los sacerdotes de la Liturgia bizantina

Señor, llena con el don del Espíritu Santo a los que te has dignado elevar al Orden Sacerdotal para que sean dignos de presentarse sin reproche ante tu altar, de anunciar el Evangelio de tu Reino, de realizar el ministerio de tu palabra de verdad, de ofrecerte los dones y sacrificios espirituales, de renovar a tu pueblo mediante el baño de la regeneración; de manera que vayan al encuentro de nuestro gran Dios y del Salvador Jesucristo, tu único Hijo, y reciban de tu inmensa bondad la recompensa de una fiel administración de su orden sacerdotal.

d.Oración por los sacerdotes

Señor Jesús, Pastor Supremo del rebaño,
te rogamos que por el inmenso amor y misericordia
de Tu Sagrado Corazón,
atiendas todas las necesidades de tus sacerdotes.
Te pedimos que retomes en Tu Corazón
todos aquellos sacerdotes que se han alejado de tu camino,
que enciendas de nuevo el deseo de santidad
en los corazones de aquellos sacerdotes
que han caído en la tibieza,
y que continúes otorgando a tus sacerdotes fervientes
el deseo de una mayor santidad.
Unidos a tu Corazón y el Corazón de María,
te pedimos que envíes esta petición a Tu Padre celestial
en la unidad del Espíritu Santo. Amén.

e.Oración por la santificación de los sacerdotes (Santa Teresita del Niño Jesús)

OH Jesús que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra
la obra divina de salvar a las almas
protege a tus sacerdotes (especialmente a:)
en el refugio de tu SAGRADO CORAZÓN.
Guarda sin mancha sus MANOS CONSAGRADAS,
que a diario tocan tu SAGRADO CUERPO,
y conserva puros sus labios teñidos con tu PRECIOSA SANGRE.
Haz que se preserven puros sus Corazones,
marcados con el sello sublime del SACERDOCIO,
y no permitas que el espíritu del mundo los contamine.
Aumenta el número de tus apóstoles,
y que tu Santo Amor los proteja de todo peligro.
Bendice Sus trabajos y fatigas,
y que como fruto de Su apostolado obtenga la salvación de muchas almas
que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo. Amén

e.Oración por los sacerdotes (Juan Pablo II, Pastores Dabo Vobis)

Oh María,
Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes:
acepta este título con el que hoy te honramos
para exaltar tu maternidad
y contemplar contigo
el Sacerdocio de tu Hijo unigénito y de tus hijos,
oh Santa Madre de Dios.
Madre de Cristo,
que al Mesías Sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo
para salvar a los pobres y contritos de corazón:
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh Madre del Salvador.
Madre de la fe,
que acompañaste al templo al Hijo del hombre,
en cumplimiento de las promesas

hechas a nuestros Padres:
presenta a Dios Padre, para su gloria,
a los sacerdotes de tu Hijo,
oh Arca de la Alianza.
Madre de la Iglesia,
que con los discípulos en el Cenáculo
implorabas el Espíritu
para el nuevo Pueblo y sus Pastores:
alcanza para el orden de los presbíteros
la plenitud de los dones,
oh Reina de los Apóstoles.
Madre de Jesucristo,
que estuviste con Él al comienzo de su vida y de su misión,
lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:
acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio,
oh Madre de los sacerdotes.
Amén

f.Oración por la Santificación de los sacerdotes. (Pablo VI)

Ven, oh Espíritu Santo, y da a los sacerdotes,
dispensadores de los misterios de Dios,
un corazón nuevo que actualice toda su educación y toda su preparación,
que les haga conscientes cual sorprendente revelación del sacramento recibido,
y que responda siempre con nueva ilusión a los incesantes deberes de su ministerio,
en orden a tu Cuerpo Eucarístico y a tu Cuerpo Místico.
Dales un corazón nuevo, siempre joven y alegre.

Ven, oh Espíritu Santo, y da a nuestros sacerdotes,
discípulos y apóstoles de Cristo Señor,
un corazón puro, capaz de amarle solamente a Él con la plenitud,
el gozo, y la profundidad que solo Él sabe dar,
cuando constituye el exclusivo y total objeto del amor de un hombre que vive de tu gracia;
dales un corazón puro que sólo conozca el mal para denunciarlo,
combatirlo y huir de él; un corazón puro como el de un niño,
pronto al entusiasmo y a la emoción.

Ven, oh Espíritu Santo, y da a los ministros del pueblo de Dios un corazón grande,
abierto a tu silenciosa y potente Palabra inspiradora;
cerrado a toda ambición mezquina, a toda miserable apetencia humana;
impregnado totalmente del sentido de la Santa Iglesia;
un corazón grande, deseoso únicamente de igualarse al del Señor Jesús,
y capaz de contener dentro de sí las proporciones de la Iglesia, las dimensiones del mundo;
grande y fuerte para amar a todos, para servir a todos, para sufrir por todos;
grande y fuerte para superar cualquier tentación, dificultad, hastío, cansancio, desilusión, ofensa;
un corazón grande, fuerte, constante, si es necesario hasta el sacrificio,
feliz solamente de palpar con el Corazón de Cristo
y de cumplir con humildad, fidelidad y valentía la voluntad divina. Amén.

g.Preces por los Sacerdotes

A nuestro Santísimo Padre el Papa,
Dale Señor tu corazón de Buen Pastor.

A los sucesores de los Apóstoles,
Dales Señor, solicitud paternal por sus sacerdotes.

A los Obispos puestos por el Espíritu Santo,
Compromételos con sus ovejas, Señor.

A los párrocos,
Enséñales a servir y a no desear ser servidos,
Señor.

A los confesores y directores espirituales,
Hazlos Señor, instrumentos dóciles de
tu Espíritu.

A los que anuncian tu palabra,
Que comuniquen espíritu y vida, Señor.

A los asistentes de apostolado secolar,
Que lo impulsen con su testimonio,
Señor.

A los que trabajan por la juventud,
Que la comprometan contigo, Señor.

A los que trabajan entre los pobres,
Haz que te vean y te sirvan en ellos,
Señor.

A los que atienden a los enfermos,
Que les enseñen el valor del
sufrimiento, Señor.

A los sacerdotes pobres,
Socórrelos, Señor.

A los sacerdotes enfermos,
Sánalos, Señor.

A los sacerdotes ancianos,
Dales alegre esperanza, Señor.

A los tristes y afligidos,
Consuélalos, Señor.

A los sacerdotes turbados,
Dales tu paz, Señor.

A los que están en crisis,
Muéstrales tu camino, Señor.

A los calumniados y perseguidos,
Defiende su causa, Señor.

A los sacerdotes tibios,
Inflámalos, Señor.

A los desalentados,
Reanímalos, Señor.

A los que aspiran al sacerdocio,
Dales la perseverancia, Señor.

A todos los sacerdotes,
Dales fidelidad a Ti y a tu Iglesia,
Señor.

A todos los sacerdotes,
Dales obediencia y amor al Papa,
Señor.

A todos los sacerdotes,
Que vivan en comunión con su Obispo,
Señor.

Que todos los sacerdotes,
Sean uno como Tú y el Padre, Señor.

Que todos los sacerdotes,
Promuevan la justicia con que Tú eres
justo.

Que todos los sacerdotes,
Colaboren en la unidad del presbiterio,
Señor.

Que todos los sacerdotes, llenos de Ti,
Vivan con alegría en el celibato, Señor.

A todos los sacerdotes,
Dales la plenitud de tu Espíritu y
transfórmalos en Ti, Señor.

De manera especial te ruego por aquellos sacerdotes por quienes he recibido tus gracias; el sacerdote que me bautizó, los que han absuelto mis pecados reconciliándome contigo y con tu Iglesia, aquellos en cuyas Misas he participado y que me han dado tu cuerpo en alimento, los que me han transmitido tu palabra y conducido hacia Ti.

i.Oración por los sacerdotes

A nuestro Santo Padre el Papa,
llénalo de tus dones, Señor.
A los Cardenales y Representantes Pontificios,
dales tu luz, Señor.
A los Arzobispos y Obispos,
dales tus gracias, Señor.
A los sacerdotes párrocos,
dales el celo de tu gloria, Señor.
A los sacerdotes vicarios,
guíalos, Señor.
A los sacerdotes directores de seminarios,
ilumínalos, Señor.
A los sacerdotes religiosos;
perfecciónalos, Señor,
A los sacerdotes diocesanos,
santifícalos, Señor.
A los sacerdotes confesores
y directores espirituales
hazlos dóciles instrumentos del Espíritu Santo.
A los sacerdotes predicadores,
instrúyelos, Señor.
A los sacerdotes misioneros,
sostenlos, Señor.
A los sacerdotes asistentes
de movimientos de laicos,
dirígelos en todas sus empresas, Señor.
A los sacerdotes orientadores de los jóvenes,
inflámalos en tu amor, Señor.
A los sacerdotes directores de obreros
y campesinos,
dales amor a los a los pobres, Señor.

A los sacerdotes encargados de los hospitales,
dales caridad y abnegación, Señor.
A los sacerdotes enfermos y ancianos,
dales paciencia, Señor
A los sacerdotes aislados,
acompañalos, Señor.
A los sacerdotes turbados y en crisis,
dales la seguridad y la paz, Señor.
A los sacerdotes jóvenes,
cuídalos y oríentalos, Señor.
A los sacerdotes perseguidos y calumniados,
defiéndelos, Señor
A los sacerdotes en peligro,
líbralos, Señor
A los sacerdotes tentados,
dales fortaleza, Señor.
A los sacerdotes difuntos,
dales la gloria, Señor.
A los seminaristas y aspirantes al Sacerdocio,
dales la perseverancia en su vocación, Señor.
A todos los Sacerdotes:
Transfórmalos en Ti, Señor.

Y que el Espíritu Santo los posea,
y que por ellos renueve la faz de la tierra.

Divino Corazón de Jesús, Corazón lleno de celo por la gloria del Eterno Padre: te rogamos por todos los sacerdotes, Señor, llénalos de fe, de esperanza y de amor a Ti sobre todas las cosas, y al prójimo como a ellos mismos. Así sea.

j.Oración por los sacerdotes (Benedicto XVI)

Padre,
haz que surjan entre los cristianos
numerosas y santas vocaciones al sacerdocio,
que mantengan viva la fe
y conserven la grata memoria de tu Hijo Jesús
mediante la predicación de su palabra
y la administración de los Sacramentos
con los que renuevas continuamente a tus fieles.

Danos santos ministros del altar,
que sean solícitos y fervorosos custodios de la Eucaristía,
sacramento del don supremo de Cristo
para la redención del mundo.

Llama a ministros de tu misericordia
que, mediante el sacramento de la Reconciliación,
derramen el gozo de tu perdón.

Padre,
haz que la Iglesia acoja con alegría
las numerosas inspiraciones del Espíritu de tu Hijo
y, dócil a sus enseñanzas,
fomente vocaciones al ministerio sacerdotal
y a la vida consagrada.

Fortalece a los obispos, sacerdotes, diáconos,
a los consagrados y a todos los bautizados en Cristo
para que cumplan fielmente su misión
al servicio del Evangelio.

Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

12. Materiales complementarios

12.1. La muerte vista (y anticipada) por Pablo Domínguez

“No quiero acabar esta carta fraterna –y filial- de gratitud, sin hacer mención de la última de las llamadas de Consagración que para todos está cerca: me refiero a la muerte, que es ese encuentro amorosísimo, en abrazo eterno, con el Esposo. Todos tenemos un “día y hora” que el Padre –en su eternidad- conoce. Me interrogo: ¿no deberíamos esperar ese día con el mismo entusiasmo, ardor, deseo y sobrecogimiento ante el Don que nos espera, con que esperamos los acontecimientos de Consagración de esta vida? Suplico al Espíritu Santo que nos conceda mirar ahora nuestra vida con los ojos y el corazón que tendremos en ese momento último y definitivo. ¡Lo que en el momento de la muerte tiene importancia, la tiene ahora! ¡Lo que en ese momento

sea accidental, también lo es ahora! En definitiva: ¡sólo Cristo y sólo el Amor es lo importante! Cuando tengáis momentos de turbación, ¡recordadlo! Que no nos seduzca nunca el maligno con máscaras de falsos amores. ¡Solo Cristo, y sólo su Amor es la Vida!”.

Pablo Domínguez. Carta a las Religiosas Clarisas del Monasterio de Lerma (diciembre 2008). Texto citado en DOMÍNGUEZ, Pablo (2009) Hasta la cumbre. Testamento espiritual, Ed.San Pablo. Madrid.p.5

12.2. En la muerte de Pablo Domínguez

“Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?” (Jn 11,25). “Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera de su Evangelio nos abrumba” (GS 22). La fe no es un añadido de lujo, es un gran regalo de Dios, que como una luz potente ilumina el misterio de nuestra vida humana, también el misterio de nuestra muerte. Hoy se nos presenta la ocasión de vivir esta experiencia de fe, como un don de Dios que se verifica en nuestra propia historia humana. Con lágrimas en los ojos, como el propio Jesús ante la tumba de Lázaro, respondemos a la pregunta del mismo Jesucristo: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo” (Jn 11,27).

El Seminario de Tarazona ha sido lugar de logística y de acogida para los tristes sucesos de la muerte de Pablo. Él ha sido para este Seminario uno de sus principales bienhechores, desde su oficio de decano de “San Dámaso” para nuestro Estudio Teológico afiliado. No sólo con una relación oficial, que por su parte ha sido impecable, sino además con una relación de amistad y de cordialidad, que han experimentado todos los que conocen a nuestro querido Pablo.

Había venido a predicar Ejercicios Espirituales a las monjas trapenses de Tulebras (Navarra), a diez kilómetros de Tarazona, y le invité a comer con los formadores y seminaristas el sábado pasado, último día de sus Ejercicios. Él nos visitó y pasamos un rato muy agradable, primero viendo las nuevas instalaciones, después en la comida, en la sobremesa y en el paseo posterior por el jardín de Seminario. La vista del Moncayo, este año vestido de blanco hasta los pies, con más nieve que nunca, ejerció sobre Pablo una fascinación irresistible. “Yo no me voy Madrid sin subir al Moncayo”, nos dijo al despedirse.

Todos los amigos conocen esta fuerte y noble afición de Pablo, que le ha costado la vida. Con un grupo de amigos, chicos y chicas, desde muy jóvenes, han coronado los picos más importantes de nuestra geografía y de otras latitudes. Es un deporte que honra a quienes lo practican. Subir a la montaña es ascender, es elevarse, es encontrarse con Dios en la creación preciosa que Él nos regala, ante un panorama indescriptible. Los que hacen montañismo saben que a la montaña no se puede subir en solitario. Y Pablo ofreció a sus amigos montañeros de Madrid la apasionante aventura de escalar el Moncayo, antes de volver a Madrid después de sus Ejercicios a las monjas de Tulebras.

Sara, una joven médico de la pandilla de montañeros fue la única que podía acoger la propuesta, y acudió en tren desde Madrid hasta Tudela en la mañana del domingo para acompañar a Pablo, como lo habían hecho tantas veces un grupo más numeroso de chicos y chicas en tantas ocasiones.

A las dos de la tarde del domingo 15 de febrero, coronaban la cumbre del Moncayo y llamaban por teléfono a sus amigos y familiares para comunicarles tan grata noticia. Después de cuatro horas de ascensión, es explicable la euforia y la satisfacción del escalador. Desde arriba las cosas se ven de otra manera. Bien lo saben los montañeros. Los que miran siempre a ras de tierra y no son capaces de elevarse por encima de sus miserias no lo entenderán nunca, por mucho que se lo expliquen. Pero el montañero cuando llega a la cumbre se siente muy cerca de Dios. Pablo tenía la costumbre de celebrar la Eucaristía en la misma cumbre, como una ofrenda cósmica que tiene ante los ojos la sinfonía de la creación ofrecida al Creador, por manos del sacerdote.

El descenso es más difícil que la subida, dicen los expertos. Y algo debió fallar en la bajada, que les hizo precipitarse en el abismo, resbalando en el hielo por la garganta de San Gaudioso hasta golpearse con un gran peñasco. La muerte fue instantánea. Serían las tres de la tarde del domingo. Pablo no era un novicio en el deporte de la montaña, era un experto escalador, y en ascensiones y descensos mucho más peligrosos había superado con éxito las dificultades. En esta ocasión no fue así, y nos hemos encontrado de sopetón con su muerte.

La Guardia Civil ha demostrado una vez más su servicio impagable a nuestra sociedad, en momentos de angustia como éste. Desde la noche del domingo, alertados por la familia, inquieta por la tardanza del retorno, se pusieron a patrullar la búsqueda de los dos montañeros desaparecidos. El coche de Pablo estaba en la plataforma previa a la escalada, junto al santuario de la Virgen del Moncayo. Pero ellos no habían vuelto.

En la mañana del lunes, el equipo de rescate de montaña de la Guardia Civil con sede en Huesca, dotada de los mejores medios técnicos para estos casos, puso en marcha una operación de búsqueda, que culminó al mediodía del lunes 16 con el hallazgo de los cadáveres.

A las tres de la tarde llegaban los helicópteros de la Guardia Civil con los cadáveres rescatados a los campos deportivos del Seminario de Tarazona, donde los familiares han podido reconocerlos, y después de los trámites necesarios han partido al Anatómico Forense de Zaragoza. Y de allí para Madrid.

En la biografía de Pablo, que pasó haciendo el bien a tantas personas, Tarazona aparece como el lugar de su muerte. El Seminario de la Inmaculada de Tarazona ha podido ser en esta ocasión como el seno materno de María, donde ella traspasada de dolor acogió el cadáver de su Hijo muerto en la cruz, y donde hoy ha acogido los cadáveres de estos dos montañeros antes de darles cristiana sepultura.

El ascenso de Pablo Domínguez al Moncayo en Tarazona ha concluido en el encuentro definitivo con Aquel que lo llamó a la vida, que lo hizo sacerdote, que le confió el ministerio de hacerle presente de tantas maneras en medio de los hombres. Las muchas cualidades con que Dios le dotó, nos hacían albergar grandes esperanzas y proyectos para Pablo. La Facultad de San Dámaso de Madrid, con su arzobispo a la cabeza el Cardenal Rouco, a quien me tocó transmitir esta triste noticia, y tantos amigos, lloramos hoy su muerte. Pero el proyecto de Dios para Pablo se ha cumplido definitivamente. Le damos gracias a Dios por la vida de Pablo, por el gran regalo que ha supuesto para nosotros conocerle, disfrutar de su amistad, beneficiarnos de la eficacia de sus gestiones. Él continúa ayudándonos desde el proyecto cumplido que Dios tiene para él. Pablo está vivo y lo sentiremos así muy cerca de nosotros.

El Señor de la vida nos sale al encuentro para confortarnos en la esperanza de lo que en Pablo es ya una realidad definitiva, y un día llegará a serlo en cada uno de nosotros. “¿Crees esto? -Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo” (Jn 11,27). Sólo en Jesucristo se ilumina este misterio de la muerte, porque Él ha vencido la muerte resucitando y abriéndonos a todos la puerta de una vida que no acaba. La muerte de Pablo nos traerá gracias abundantes, que hoy no podemos ni siquiera sospechar, para la Facultad de San Dámaso y para tantas personas que se han beneficiado de su ministerio. Dios juega siempre a nuestro favor. Nos acogemos, Señor, a tu providencia, que nunca se equivoca. Amén”.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*

12.3. Diez formas de dar las gracias por nuestros curas (Campaña del Día del Seminario 2010)

1. Celebrar el día del párroco, con el título «Los sacerdotes de mi parroquia». Se podría tener una celebración eucarística, a la que se invitaría a todos los sacerdotes vivos que han pasado por una misma parroquia en la que han ejercido su sacerdocio. Un detalle también significativo sería el poder elaborar un mural con las fotografías de esos sacerdotes, ordenadas de forma cronológica (los años que han estado sirviendo a la parroquia), así como la tarea de recabar una breve biografía de cada uno de ellos.
2. Las parroquias podrían también tener un recuerdo para con las vocaciones sacerdotales que han nacido en el seno de esa comunidad. Idear y concretar una fecha en la que se puedan reunir todos sería un buen testimonio.
3. Organizar una visita a las casas-residencias sacerdotales que la diócesis tenga. Quizá estamos más acostumbrados a ese otro tipo de residencias más genéricas donde viven nuestros mayores, bien sean familiares o paisanos. Existen también casas-residencias donde los sacerdotes jubilados son atendidos en esta etapa dorada de sus vidas. Seguro que agradecen este tipo de detalles, máxime en este año.
4. Organizar una peregrinación al seminario diocesano. Es necesario que las comunidades cristianas conozcan de primera mano el lugar donde los jóvenes se forman para ser en un futuro sacerdotes. Los seminarios están capacitados para llevar a cabo este tipo de acogidas de grupos, comunidades y parroquias que se acerquen al lugar signo de la vocación en la diócesis. Se podrían declarar «a modo de templos jubilares» las capillas de los seminarios diocesanos e invitar a que los fieles peregrinen corporativamente a ellos, rogando por los sacerdotes y las vocaciones al sacerdocio. Todo ello complementado con los sacramentos de la confesión y comunión, y la oración por las intenciones del Papa.
5. En la Misa dominical no debería faltar una petición por los sacerdotes y las vocaciones al sacerdocio en la oración de los fieles.
6. Revivir y extender la práctica de los «jueves eucarísticos» mediante la prolongación de la acción de gracias después de la comunión con la adoración del Santísimo Sacramento, expuesto en la custodia.
7. Resaltar y cuidar la celebración del Jueves Santo, «día eminentemente sacerdotal». También, poder participar de la Misa Crismal, uniéndose en oración a los sacerdotes que en ese día renuevan, junto con el obispo diocesano, sus promesas sacerdotales.
8. Conocer a los candidatos que van a ordenarse en este año.
9. Programar actividades catequéticas y pastorales que ahonden en la figura del sacerdote por medio de talleres de lecturas (biografías de sacerdotes ejemplares y santos) o la práctica del cine fórum (recomendamos la web <http://www.cineyvocacion.org> en donde hay una sección de películas relacionadas con el Año Sacerdotal).
10. Con los diferentes movimientos familiares, de profundización en la fe, grupos y comunidades se puede reflexionar sobre el papel de los sacerdotes en su función de «consiliarios espirituales» y el servicio ministerial que prestan en su labor de acompañamiento y sostenimiento para que el grupo crezca humana y cristianamente.

12.4. Beato Martín Martínez Pascual

En la película aparece una foto que Pablo Domínguez tenía en su despacho. La fotografía refleja el rostro de un sacerdote español, capturado por milicianos republicanos, instantes antes de ser fusilado en el mes de agosto del año 1936. El autor de la instantánea es el fotógrafo alemán Hans Gutmann, que posteriormente se nacionalizó español y cambió su nombre por el de Juan Guzmán.

El sacerdote de la imagen, según informa el semanal *Alfa y Omega*, sería el beato Martín Martínez Pascual presbítero y mártir, miembro de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, que recibió en la misma persecución y en el mismo día -18 de agosto de 1936- la corona de la gloria, en la localidad de Alcañiz (Teruel) aunque el fotógrafo sitúa el lugar del fusilamiento en la localidad de Siétamo (Huesca), distante unos ciento cuarenta kilómetros de Alcañiz, diferencia que puede deberse al lugar de la sepultura o del Registro civil.

Según informa *Alfa y Omega*, cuando se le preguntó a Pablo Domínguez por la fotografía afirmó:

"La conseguí en Moscú, en un congreso. Me gustó y, al leer las frases del recuadro, me interesé mucho más. Es la fotografía -lo explicaba brillándole los ojos, se sentía emocionado y con ganas de imitarle; parecía que hablaba de sí- de un sacerdote español, el Beato Martín Martínez, operario diocesano, natural de Valdeatorrada (Teruel), diócesis de Zaragoza. Se la tomó un fotógrafo ruso-hoy sabemos que es alemán- que estaba entre los republicanos, durante la guerra civil española. Fijaos bien en su mirada firme, los brazos en jarras, seguro y valiente... Se la tomaron unos segundos antes de fusilarlo".

Sin duda que la enorme fuerza de la mirada del sacerdote a las puertas del cielo debió desconcertar a sus verdugos que esperarían de su víctima una actitud menos digna con la que tranquilizar sus conciencias.

Ofrecemos una reseña de la biografía de este beato sacerdote, cuya mirada tanto inspiró a Pablo. Puede que también inspire a más gente.

Martín Martínez Pascual nació en Valdeatorrada, provincia de Teruel y diócesis de Zaragoza, el 11 de noviembre de 1910. Fueron sus padres Martín Martínez Callao y Francisca Pascual Amposta. Fue bautizado al día siguiente de nacer.

"Sus padres eran buenos; se hicieron mejores desde que el chico marchó al Seminario". Fue un niño travieso, pero bueno, "muy piadoso; animaba a los demás chicos a ser buenos y rezaba con ellos". Desde su infancia fue ya un poco lo que sería cuando maduró: piadoso, alegre, sacrificado y auténtico *"leader"*. Sus padres querían que fuese Guardia Civil; pero él quiso ser sacerdote. "Se lo dijo al señor Cura, y así fue al Seminario". Su vocación surgió del contacto con un sacerdote ejemplar, D. Mariano Portolés, que suscitó muchas vocaciones en Valdeatorrada. Este sacerdote cultivaba con esmero los gérmenes de vocación, acompañaba a los seminaristas en vacaciones y con Martín Martínez llegó hasta el final: "Este sacerdote murió también con el siervo de Dios, gritando ¡Viva Cristo Rey!".

Ingresó en el Seminario de Belchite, Seminario Menor de la diócesis de Zaragoza. Siempre fue un buen seminarista. Los primeros años no abdicó de su fama de travieso; pero ya en Zaragoza, estudiando Filosofía, dio un vuelco radical, bajo la guía de dos Operarios ejemplares: el mártir D. José Pascual Carda Saporta y D. Vicente Lores Palau, rompiendo con cuanto era menos perfecto. Se lanzó a escalar las cimas más altas de la santidad; pero con alegría desbordante, con naturalidad, sin rarezas de ningún género. "Era el mejor de todos", testifica un condiscípulo.

Ingresó en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos el año 1934 y recibió la ordenación sacerdotal el 15 de junio de 1935. Sólo un año pudo saborear las delicias del sacerdocio y ejercer el ministerio. Fue destinado al Colegio de San José de Murcia, como formador de los seminaristas y a la vez como profesor del Seminario de San Fulgencio.

Andaba un poco floja la disciplina en el Colegio y, como dice el administrador del mismo, ya bastante entrado en años, "ha sido providencial su destino, pues, debido a su gran celo, ha levantado la disciplina". Le decía uno de los colegiales ya cercano a las órdenes: "usted, riendo, riendo, dice las cosas claras, sin enfadarse y nos obliga a ser buenos". Como profesor todos, desde

el Obispo hasta el último, reconocían que sus alumnos estaban muy por encima de los de cursos superiores. Claro está, D. Martín entraba a clase con los alumnos y aprovechaba el tiempo, mientras que otros profesores llegaban tarde a clase y salían pronto.

Era un sacerdote cabal. Lo declaran sin paliativos muchos testigos: "El juicio que de él tenían todos era de un hombre santo. Hubiera llegado a santo aun sin el martirio". Desplegó un celo insaciable sobre todo en el fomento de vocaciones. "Era un alma muy enamorada de su sacerdocio y deseoso de que hubiera muy buenos sacerdotes". Su piedad robusta, su abnegación constante, su sencillez y humildad cautivaban. "Sin él mismo darse cuenta, influía en sus compañeros y aprendían de su ejemplo a ser mejores".

Salió de Murcia para practicar los ejercicios espirituales en Tortosa del 26 de junio al 5 de julio de 1936. Luego marchó de vacaciones a su pueblo y allí le sorprendió la revolución. Hasta el 26 de julio pudo vivir a plena luz; pero ese día llegaron a Valdealgofa los milicianos "forasteros" y Mosén Martín tuvo que ocultarse. Antes consiguió rescatar las formas consagradas del sagrario del Convento de Religiosas de su pueblo, para evitar profanaciones. Las conservó hasta el día de su martirio, administrando la comunión a muchas personas, sobre todo a las Religiosas.

Los esbirros fueron a su casa para matarlo; pero le avisaron algunos amigos y pudo esconderse en casa de una familia amiga. Allí le prepararon dos habitaciones: una sirvió de Capilla, la otra de dormitorio para Martín. Todos los días rezaba con las Religiosas, ocultas en un piso más bajo del mismo edificio; les daba la comunión, les hablaba del martirio, rezaban el rosario y pedían por los perseguidores.

Cada día estaba más acosado y hubo de salir para ocultarse en el pajar de un buen amigo. Pronto fue descubierto el escondite y fueron a buscarlo a la casa de su amigo. No lo encontraron porque no se fijaron en el pajar. Esa misma noche su buen amigo lo llevó a una finca a tres kilómetros del pueblo para ocultarlo en una cueva. Fueron días de auténtico desierto, de profunda y continuada oración, de preparación para el martirio. El 18 de agosto por la mañana, muy temprano, dieron un bando —ya era el tercero consecutivo— conminando a los que ocultaran algún sacerdote para que lo entregaran, so pena de ser pasados por las armas todos los varones de la familia. Detuvieron a todos los sacerdotes que había en Valdealgofa; pero faltaba Martín Martínez. Fueron a su casa y encarcelaron a su padre, que envió recado a Martín, por medio de su amigo Venancio, para decirle que escapara. Hubo de contarle que estaban detenidos todos los sacerdotes y también su padre. Encontró a Martín inclinado en profunda oración. En cuanto se enteró, echó a correr a toda prisa hacia el pueblo, para presentarse al Comité, llevando la Santísima Eucaristía. Corrió tanto, que cuando el amigo Venancio llegó al pueblo ya oyó los disparos que mataron a los sacerdotes.

Un miliciano muy amigo, llamado Benigno, le salió al paso, rogándole que huyera; pero Martín le dijo que no podía consentir que su padre padeciera por él y que quería correr la misma suerte que los demás sacerdotes. En el Comité, el miliciano todavía quiso salvar a Martín, diciendo que era un estudiante; pero él confesó que no era estudiante, sino sacerdote. Dio a su amigo un abrazo para que lo transmitiera a sus padres y el encargo de que perdonasen a sus asesinos. "*Yo quiero morir mártir con mis compañeros*", decía; y además quería darles la comunión antes de que los llevaran al suplicio.

Sólo estuvo unos minutos apresado. Los llevaron a pie hasta la plaza del pueblo, donde los subieron a un camión para conducirlos hacia el cementerio. Cuando iba a subir al camión, un niño, a quien había prometido un juguete —un caballo— se echó a llorar, llamando con angustia a Mosén Martín. Este le dijo: no te preocupes, te mandaré el caballo desde el cielo, aquellos son mejores que los de Murcia.

Cerca del cementerio, junto al camino, los mataron. Eran seis sacerdotes y nueve seglares. Querían colocarlos de espaldas; pero Martín quiso morir de frente, y murió gritando ¡Viva Cristo Rey!, abrazado a un sacerdote que había sido ordenado el 2 de julio de 1936. Se llamaba Manuel Fuster Pellicer.

Era el día 18 de agosto de 1936.



Foto del Beato Martín Martínez Pascual, que Pablo Domínguez tenía en su despacho.

12.5. Aunque es de noche (José Luis Martín Descalzo)

Proponemos un poema de José Luis Martín Descalzo. Pocas semanas antes de su muerte, ya prevista y anticipada, publicó un precioso libro titulado *Testamento del Pájaro Solitario* (Ed. Verbo Divino) que se presenta como una lectura creyente de su propia vida. En sus páginas descubrimos que su identidad no ha sido otra que la de ser sacerdote. Mirando al testimonio de Martín Descalzo podemos descubrir una vida que se ha vivido como don y regalo para el mundo. Dejémonos interpelar por el testimonio de este gran sacerdote.

Aunque es de noche

Poned sobre mi tumba mi nombre.
Y mi apellido: sacerdote.
Y nada más.
Porque jamás he sido
ni querido ser
otra cosa.
Cuidad de que mis manos queden libres
o atadas por la cinta
de mi ordenación.
Y nada más.
Procurad que mis ojos permanezcan
bien abiertos,
asombrados
aún de tanto amor
como me dieron en un lejano día
de San José.
Y decidle a la gente
que perdone,
si tantas, tantas veces me ahorré
yo, que era para ser repartido
como el pan que brotaba
de mis manos.
Explicadles que hubiera
deseado ser transparente para todos
yo, que sabía bien en dónde estaba
la fresca fuente fría de la que mana Dios.
Atrapado por El en la lejana
jaula de mis veintidós años
¡cuántas veces quise ser otras cosas
y me descubrí siendo
tan sólo un expropiado
por utilidad pública, como un cisne encerrado
en su pequeño lago!
¡Y cómo me crecían las espigas
entre las manos! ¡Y cómo me guiaban
sin saber quién ni a dónde!
Y yo, que apenas era un niño, tenía
tantas almas colgadas de mis manos
que ni un gigante hubiera
podido levantarlas. Y llevaba
carbones encendidos en la boca
y no eran más mis palabras,
ni mío mi corazón.
Pero aquellas palabras alquiladas
y mi prestado corazón caían rebotando
de alma en alma e iluminaban

sin que yo tuviera
aquella luz que a los demás cedía.
La fuente fría de Dios transcurría
dentro de mí, mientras yo estaba seco
y mis labios apenas conocían
la frescura de Dios que regalaban.
¡Ah, cómo me envolvía el misterio!
¡Qué pequeño y enorme el fruto de mis manos!
¡Qué oscura noche ceñía mis costados
mientras yo daba luz salida no sé de dónde!
Ahora ya sé bien que nada hice
que fuera mío. Que donde yo ponía
pan o vino, o mi cansancio y mis palabras,
Alguien lo convertía en carne y sangre,
cual si también yo mismo estuviera
consagrado.
Y que yo no sabría jamás
quién bendecía cuando yo bendecía
y que mi voz también amanecía en otros
aunque era noche en mí.
¡Oh, noche que guiaste
cada día mis pasos y que ahora
me sigues sosteniendo en el cansancio,
noche que multiplicas mi diminuto amor,
noche que alumbras mi paso vacilante hacia el final!
Déjame bendecirte con mis manos atadas
que te suplican:
Sigue, sigue,
río de Dios, lamiendo
mis resacas orillas;
sigue tú sosteniendo estos tartamudeos
que nada dicen sino lo que tú dices
a través de mis labios asombrados;
sigue, pan, floreciendo entre mis dedos
hasta que un día duerman, por fin, mis huesos
mientras tú sigues
hablando a mis hermanos
a través de mi última, definitiva, noche.

12.6. Un sacerdote debe ser...

Un Sacerdote debe ser

Muy grande
Y a la vez muy pequeño,
de espíritu noble como si llevara sangre real
Y sencillo como el labriego.

Héroe por haber triunfado de sí mismo
Y el hombre que llegó a luchar contra Dios.
Fuente inagotable de santidad
Y pecador a quien Dios perdonó.

Señor de sus propios deseos
Y servidor de los débiles y vacilantes.
Uno que jamás se doblegó ante los poderosos

Y se inclina, no obstante, ante los más pequeños.

Y es dócil discípulo de su Maestro
Y caudillo de valerosos combatientes.
Pordiosero de manos suplicantes
Y mensajero que distribuye oro a manos llenas.

Animoso soldado en el campo de batalla
Y mano tierna a la cabecera del enfermo.
Anciano por la prudencia de sus consejos
Y niño por su confianza en los demás.

Alguien que aspira siempre a lo más alto
Y amante de lo más humilde.....
Hecho para la alegría
Y acostumbrado al sufrimiento.
Ajeno a toda envidia.

Transparente en sus pensamientos.
Sincero en sus palabras.
Amigo de la paz.
Enemigo de la pereza,
Seguro de sí mismo.
(De un manuscrito medieval)

12.7. La santidad (Benedicto XVI, Audiencia General 13 de abril 2011)

Pero permanece la pregunta: ¿cómo podemos recorrer el camino de la santidad, responder a esta llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas? La respuesta es clara: una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo (cf. Is 6, 3), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma. Para decirlo una vez más con el concilio Vaticano II: «Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron» (Lumen gentium, 40). La santidad tiene, por tanto, su raíz última en la gracia bautismal, en ser insertados en el Misterio pascual de Cristo, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado. San Pablo subraya con mucha fuerza la transformación que lleva a cabo en el hombre la gracia bautismal y llega a acuñar una terminología nueva, forjada con la preposición «con»: con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados con Cristo; nuestro destino está unido indisolublemente al suyo. «Por el bautismo —escribe— fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos (...), así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6, 4). Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que conlleva; pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad? De nuevo el concilio Vaticano II precisa; nos dice que la santidad no es sino la caridad plenamente vivida. «“Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5, 5). Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos,

sobre todo en la Eucaristía, y en la sagrada liturgia, y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. El amor, en efecto, como lazo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14; Rm 13, 10), dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin» (Lumen gentium, 42). Quizás también este lenguaje del concilio Vaticano II nos resulte un poco solemne; quizás debemos decir las cosas de un modo aún más sencillo. ¿Qué es lo esencial? Lo esencial es nunca dejar pasar un domingo sin un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía; esto no es una carga añadida, sino que es luz para toda la semana. No comenzar y no terminar nunca un día sin al menos un breve contacto con Dios. Y, en el camino de nuestra vida, seguir las «señales de tráfico» que Dios nos ha comunicado en el Decálogo leído con Cristo, que simplemente explicita qué es la caridad en determinadas situaciones. Me parece que esta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al inicio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las «señales de tráfico» que Dios nos ha comunicado, que son sólo formas de caridad. «Por eso, el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo» (Lumen gentium, 42). Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos.

Esta es la razón por la cual san Agustín, comentando el capítulo cuarto de la primera carta de san Juan, puede hacer una afirmación atrevida: «Dilige et fac quod vis», «Ama y haz lo que quieras». Y continúa: «Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien» (7, 8: PL 35). Quien se deja guiar por el amor, quien vive plenamente la caridad, es guiado por Dios, porque Dios es amor. Así, tienen gran valor estas palabras: «Dilige et fac quod vis», «Ama y haz lo que quieras».

Quizás podríamos preguntarnos: nosotros, con nuestras limitaciones, con nuestra debilidad, ¿podemos llegar tan alto? La Iglesia, durante el Año litúrgico, nos invita a recordar a multitud de santos, es decir, a quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Los santos nos dicen que todos podemos recorrer este camino. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí. En realidad, debo decir que también según mi fe personal muchos santos, no todos, son verdaderas estrellas en el firmamento de la historia. Y quiero añadir que para mí no sólo algunos grandes santos, a los que amo y conozco bien, son «señales de tráfico», sino también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizadas. Son personas normales, por decirlo de alguna manera, sin un heroísmo visible, pero en su bondad de todos los días veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y el signo que indica dónde está la verdad.

En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

Queridos amigos, ¡qué grande y bella, y también sencilla, es la vocación cristiana vista a esta luz! Todos estamos llamados a la santidad: es la medida misma de la vida cristiana. Una vez más san Pablo lo expresa con gran intensidad cuando escribe: «A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo ... Y él ha constituido a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud» (Ef 4, 7.11-13). Quiero invitaros a todos a abriros a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros como teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en la plenitud de su esplendor. No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las

acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será él quien nos transforme según su amor. Gracias.

12.8.¿Cómo ve usted al sacerdote? (Hoja Vocacional nº 149)

En marzo de 1958 publiqué «¿Cómo ve usted al sacerdote? ¿Qué espera de él?». El eco que obtuvo fue notable. Volvió a editarse en 1960 y por tercera vez en 1964.

Actualmente resulta casi imposible encontrar un ejemplar de la encuesta. Y es una lástima porque hay páginas de verdadera antología.

He aquí un breve florilegio.

Por aquello de que el fin es lo último a la hora de la ejecución y lo primero en la intención, transcribo las últimas palabras del volumen: «Un hijo sacerdote daría a muchos seglares una visión nueva y luminosa del sacerdote. ¿Hará falta recordar aquí que Dios concede las gracias cuando se las pedimos?»

J. S. V.

JULIÁN MARÍAS

Cuando el seglar se pregunta por el sacerdote, tiene que rehuir diversas tentaciones. La primera, la demasiada petulancia, el creer que es él quien de verdad sabe cómo es el sacerdote, y cómo debe ser. La segunda, la demasiada humildad, lindante con el servilismo, el pensar que su papel se reduce a aceptar lo que le presenten y darlo por bueno. La tercera, el esquematismo: intentar reducir el sacerdote a un «tipo» más o menos ideal, como si no fuera, además de necesaria, conveniente la diversidad y la multitud de formas. La cuarta, el utopismo: olvidar las condiciones de la realidad, sus limitaciones, incluso sus miserias, y perder de vista la manera concreta cómo el sacerdote tiene que serlo, y precisamente en un país determinado, en una época que es ésta y no otra.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN

¿Qué esperamos entonces del sacerdote, si no ciframos nuestras esperanzas en que se espire ni en que resuelva los problemas sociales, en que se nos convierta en camarada, novelista católico o existencialista cristiano ni, en fin, en su pragmatismo y su dinamismo religioso?

La respuesta es muy sencilla: esperamos que sea santo (aunque nunca llegue a ser elevado a los altares) y que, siéndolo, nos ayude a serlo también nosotros. O, cuando menos, a ser menos pecadores.

Para ser santo, es decir, verdaderamente de Dios, tendrá que ser verdadero y veraz, *opportune et importune*. (Lo que no es sinónimo de ser revolucionario). Y tendrá que hablar de Dios con conocimiento y amor, es decir, tendrá que ser teólogo. (Aunque no llegue a escribir nunca tratados de teología.)

Santidad y apostolado, teología y no-conformismo: he aquí lo que, creo yo, esperamos del sacerdote siempre y hoy.

CARLOS SANTAMARÍA

Una de las impresiones más penosas que un seglar puede recibir es el encuentro con un sacerdote de alma a-espiritual.

La a-espiritualidad consiste, para mí, en cierta ausencia de sensibilidad religiosa, cierta incapacidad para amar y, en cierto modo, para sentir y vivir las cosas sobrenaturales.

Si colocáis a un hombre delante de un cuadro de Goya o del Greco y este sujeto no reacciona ni manifiesta ninguna clase de entusiasmo o de admiración, diréis que carece de sensibilidad artística, que es incapaz de entender nada de lo que concierne al arte pictórico.

Algo análogo ocurre con muchas personas, e incluso con bastantes sacerdotes, a los que determinados hechos que acontecen en su presencia o en derredor suyo no parecen decirles nada, les dejan completamente indiferentes. Ni se inquietan, ni se encolerizan con la santa cólera con que solía hacerlo el Señor.

Uno quisiera encontrar en el sacerdote no sólo un hombre investido de poderes sagrados, capacitado para administrar los sacramentos de la iglesia, sino también un alma muy sensible a las cosas espirituales, al mismo tiempo que muy humana y condescendiente con toda suerte de flaquezas: alguien con quien uno pudiese hablar de Dios a sus anchas, y de virtudes y de dones, y de toda esa dispersa flora de realidades interiores que va haciéndose tangible a medida que el sentido espiritual se desarrolla en el alma.

JOSÉ M. DE LLANOS

Opino que va sonando para nosotros esa hora vespertina, anuncio de una noche que tampoco será - así sigo adivinando - la de los martirios gloriosos de otros siglos. No nos van a dar tanta importancia, ni siquiera nos van a odiar directamente. Y aquí la alegría de la prueba del desierto intentando una vez más la casi imposible hazaña sacerdotal, la de alcanzar el nivel de una desmundanización entrañablemente humanizada. Me explico.

No somos de este mundo, el Señor nos lo anunció sin lugar a dudas o distinguos, no pertenecemos a un espacio social y unas costumbres que incluso en los países de fe, constituyen ese campo de acción del Mal Espíritu, que llamamos mundo. Ni bajo la etiqueta de la técnica ni bajo la de una revolución por el mundo mejor, podemos los testigos de Jesús comprometernos con el mundo. No somos de él, los fieles laicos tienen en este mundo -feo o hermoso, como sea-, una misión y papel que no es el nuestro. Si los eclesiásticos alguna vez lo ocupamos fue por aquello del poder supletorio o aquello otro de la minoridad de edad de los seglares. Dejémosles ofreciendo al Padre sus esfuerzos y rigiendo sus caminos.

No somos de este mundo y si el mundo que ahora se va cociendo también lo reconoce y nos lo avisa, agradezcámoselo, no hagamos piruetas. Pero siempre que compensemos la actitud así purificada con la respuesta generosa al deber de encarnarnos. Porque sin encarnación no hay redención, y el sacerdote del Hijo del Hombre tiene que ser humano hasta los tuétanos y el Mediador entre Dios y la tierra tiene que vivir día a día esta suprema y misteriosa cruz, una mano extendida hacia arriba y la otra bien inmersa en la tal incomodidad?, ¿quién? Sin tal incómoda postura, ¿quién es el que media? ¿No significa la cruz precisamente la tal incomodidad?, ¿quién pretende sacrificar en otra actitud que no sea la del crucificado? Habrá pues que desmundanizarse -compromiso con el cielo - y humanizarse - compromiso con la tierra - descubriendo en nuestra propia carne y espíritu cada día la cifra que nos diga qué es y cómo se vive una existencia que sin ser del mundo sea de los hombres. Y estamos en pleno misterio de la encarnación - una persona y dos naturalezas - proyectado sobre los que Él un día escogió. Con la angustia y congoja, titubeos y ambivalencias que todo ello implica.

LORENZO GOMIS

Decir «Espero del sacerdote que sea un santo», sería no decir nada. Santos ojalá lo seamos todos, y no es esto lo que les ha de distinguir. Y si no es esto, espero que ya sólo sea la función que tienen en el mundo y en la Iglesia, la clase de servicio que pueden ofrecer ellos, en solidaridad humana y en comunión cristiana, a los demás. Como el herrero y el médico y el marinero tienen su papel. Espero del sacerdote que sea, como otro cualquiera, un buen cristiano y un hombre bueno. Que por lo demás no se distinga en nada, y yo diría que ni siquiera en virtud. Pero si acaso hay que escoger especialmente una virtud para él, yo pondría la humildad, que es la verdad de la vida. Me consoló el otro día el ver, sentado en un bar, un joven clérigo que tomaba una Coca Cola y leía un TBO. ¿Es que esto le impedirá ser santo? Acaso le impida, en cambio, sentirse orgulloso, que es por donde empezamos a estropearnos todos.

CARMEN LAFORET

Debo decirle que a mí, tener un hijo sacerdote, que aunque no fuese malo, fuese tibio, buscarse cargos eclesiásticos, tratase de acomodarse confortablemente en la vida..., me parecería una horrible desgracia.

Un hijo mío, sacerdote intelectual, «lumbrera de la iglesia», me daría un miedo horrible, si al mismo tiempo no lo viese totalmente santo.

Si un hijo mío fuese un sacerdote pobre, olvidado en una aldea, en un barrio infame, si desde el momento de entregarse a Cristo considerase que su existencia propia había terminado, si compartiese su pedazo de pan y su sotana, si pudiese mirar con ojos limpios el espectáculo de la vida y de él surgiese a cada momento la alegría. Si un hijo mío pudiese ser un sacerdote así, yo consideraría que habla alcanzado el destino más grande que Dios tiene guardado a un hombre, y a mí, como mujer, me parecería que Dios me había dado ese mismo destino, por haberlo criado.

JOSÉ M. PEMÁN

Al sacerdote lo veo como un grado último en esa escala de la vida que empieza por lo mineral, y sigue por lo vegetal. El sacerdote está ya zambullido en el último grado de la vida ascendente. El simple hombre también. Pero la constante y como profesional tarea del sacerdote en lo «sobrenatural» debe marcarle con sello inequívoco. Es un salto, un paso, en la escala de los seres. En esa superposición de círculos vitales de que se ha hablado -la litosfera, la biosfera, la antroposfera -, debe haber una última membrana universal -la sacrosfera- envolviendo al mundo. No puede ser densa. Tiene que pesar por la ardiente, diferencial, fisonomía de sus componentes, uno a uno.

El sacerdote debe sentir en sí el martirio constante de no poder ser un exclusivo contemplativo. Me gustaría que estuviera luchando permanentemente con un ansia invencible de zafarse de todo y mandarnos a todos a paseo. De refugiarse en soledad y Sagrario. De leer, de vivir para sí, de paladear sus mieles, de decir «no está en casa».

Espero que no se le note nada de esto. Que él se lo sufra y reprima. Que esté en la vida con la fuerza sonriente de un buen obrero. Que cuando más querría estar con Dios, salga a la puerta a recibimos: «¿Qué se le ofrece...?» Porque lo que se nos ofrece a todos es dialogar con alguien que disimule lo vulgares que tenemos» que parecerle.

12.9. ¿Qué espera del sacerdote? (Hoja Vocacional nº 62)

Le pregunté «Cómo ve usted al sacerdote. Qué espera de él», y me contestó. Seguí preguntándole por qué se había hecho sacerdote, y me contestó. Siempre con voz de profeta. Que lo era. Y seguí pidiéndole su colaboración para esta hoja vocacional. Nunca me dijo que no.

Han pasado muchos años y ahora cuando vuelvo a leer aquellos textos suyos sigue resonando en mí la voz profética de aquel valiente que terminaba las cartas diciendo: «Espero que le sirva, pero poco. Soy cobarde».

J.S.V.

¿SOMOS NECESARIOS TODAVÍA LOS SACERDOTES?

Mirando hacia la derecha encontramos un nutrido coro de afirmaciones.

Para unos, los curas siguen siendo necesarios por eso de las limosnas y de las recomendaciones. «Sabe usted, usted, se dejan engañar y además ¡tienen tantas amistades!».

Para otros seguimos siendo necesarios, porque «¿quién sino ellos pueden bendecir nuestros hábitos y rosarios?, ¿quién sino ellos pueden bendecir y dar rango a la ceremonia en escuelas, dispensarios, naves y coches, edificios y carreteras, puentes y ferrocarriles?».

Para unos terceros, en fin, los curas pintamos en la sociedad porque ofrecemos materia insustituible para bromas y chistes.

Y mirando hacia la izquierda, ¡cómo no!, nos topamos con los consabidos de «¡maldita la falta que nos hacen!».

A su vez surgen a continuación unos nuevos «anti», sutiles y fieles, que nos desactualizan por aquello de la desacralización. Según los tales, ni el sacerdote, ni el templo, ni el domingo van a decir va nada en lo sucesivo.

Se trata de construir la ciudad perfectamente autónoma y secular, no opuesta, pero sí distinta de lo trascendente. El cura, el templo y el domingo son vestigios de una mentalidad superada, porque todos los hombres son hijos de Dios. Él habita en todas partes y no necesita que se le dedique algún día especial a su servicio.

Esta operación desacralizadora, aseguran, incluye la retirada de los curas como tales curas.

¿Qué decir ahora los que, ante tantas defensas que nos brindan unos cuantos y tantos ataques que nos dedican otros, nos sentimos un tanto acomplejados?

¿Será verdad que por ello nos hemos quitado la sotana?

¿Será cierto que nuestra estampa de cuello y tirilla clerical va, viniendo a ser en la ciudad algo así como el coche de punto, nostalgias y nostalgias...?

El Papa acaba de hablar. Precisamente ha arrancado de aquí y dice: «Cuanto más el mundo tiende a secularizarse y a perder el sentido de lo sagrado..., tanto mayor resulta la necesidad de una `presencia cualificada, especializada, consagrada en medio del mundo profano».

Añadamos a sus palabras nuestro amen, pero algo más, nuestra personal reflexión. que apunta a comprender a todos y a buscarnos a nosotros un lugar, un puesto, una situación adecuada para los tiempos venideros. Lugar que, por supuesto, no deseamos sea aquél tan respetable del ayer.

El sacerdote de mañana no deberá ser ya paternalista. ¿No dijo el Señor en su evangelio no llamásemos padre más que a aquel que está en los cielos?

Ni tendrá por qué gozar sus influencias y sus importantes relaciones, no constituirá un estamento honorable y sabiendo con su peso decisivo en la marcha de la sociedad.

Más aún, y aquí ruego no se escandalicen los sensibles, el sacerdote del mañana no pondrá su acento en la representación de Dios. Somos todos los cristianos quienes misteriosamente llevamos, sobre la imagen común de todos los hombres hechos a su semejanza, la señal del bautismo misterioso. Y es tal esta dignidad que apenas se puede encima añadir nada.

¿Entonces cuál vendrá a ser socialmente nuestro distintivo y razón en la sociedad que apunta convulsivamente?

La contestación está en los labios de los mejores de esta hora. Ya el Concilio nos lo recordó. El ministerio, es decir, el servicio.

Los sacerdotes vocados por una gracia y dedicados libremente a Él vivirán por y para el servicio de sus hermanos, servicio, ante todo, sacramental y profético, servicio, por supuesto, extendido a todas las actitudes, que harán del ministro un verdadero pañuelo para una sociedad tan tecnificada, tan autónoma, que vivirá progresivamente sus angustias.

Y esto sencilla y escuetamente por aquello de que el «Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir..., y los discípulos no pueden ser más que su Maestro».

Por aquí apunta la nueva actualidad del sacerdocio, por aquí, por donde seguramente habíamos olvidado un tanto las anteriores palabras de Jesús.

El mundo veloz que se atraganta cada día va a necesitar humana y sacramentalmente mas y más hombres totalmente entregados al servicio que llamaríamos doméstico, servicio de fe y de calidad.

La figura del sacerdote del futuro la veo entonces de rodillas con la jofaina en las manos a los pies de esta humanidad convulsa.

Si de esta forma presentamos al sacerdocio, de esta forma, bajo esta imagen, sospecho que las vocaciones a él no seguirán su marcha descendente. ¡Seremos todavía necesarios!, porque la sociedad de los hombres va a ser cada año más niña y más llorona, es decir, más necesitada de que algunos sepamos lavarla los pies.

PESCADORES DE HOMBRES

¿Quién se atreverá a pescar mañana? Será tal el respeto, tal la libertad, tal la dignidad de cualquier hombrucillo, muy masificado sí, pero al mismo tiempo tan defendida para que nadie le pesque... será tan difícil, tan absurdo pescar a la hora y cultura en que los hombres serán al fin dueños del fondo de los mares, tan difícil... ¿Pescar?, ¿echar la caña?, ¿echar las redes así de simple y esperando?, eso ¿acaso podemos imaginarlo compatible con el mundo humanista del mañana? Ya no más hombres pececillos. Ya no más paternalismo y explotación, ya no más tirar anzuelos y enganchar a nadie.

Sin embargo, y por eso, el pobre sacerdote tendrá que vivir a contrapelo la estampa del Señor, y, sentado a la orilla, tendrá que intentar caso a caso (las redes estarán prohibidas), caso a caso decir a éste y al otro que el Maestro gustaba del arte de pescar, que paseaba a la orilla, que se sentaba a la popa, que regalaba colonias repletas de pescado a sus amigos.

Uno a uno, caso a caso, palabra tras palabra. bendición tras bendición, llanto tras llanto... el pescador sentado a la orilla viendo pasar bien embarcadas muchedumbres de hombres, el progreso, la técnica, el avance, conquistas de espacios y de estrellas, victorias, más victorias... la historia cabalgando delante de ese pobre que, sentado en la orilla, arroja un anzuelo antiguo y sencillísimo...

Pescadores de hombres, tranquilos pescadores que no viven al margen, pero saben parecerlo, porque su ritmo es otro y otra su esperanza, otra su labor, su técnica sencilla, de puro sencilla, semejando más a un juego que a un trabajo. Pescadores de hombres afanados, absortos, practicando fielmente la práctica absurda (?) de la esperanza entera.

Otros calcularán, otros pondrán su empeño en interpretar números, estadísticas, relaciones, ciencias sociales, conocimientos que asombran. Y por supuesto, útiles, hermosos, aptos para el bien, pero... muy distintos, porque también más allá habrá otra esperanza, también el pescador dispondrá de otra técnica.

Esperar a la gracia, esperar al milagro, esperar sin tristeza, esperar cuando todos, de tanto poseer, de tanto saber y ser exactos, dirán que el pescador es tonto de remate, a más de pretender, ¡nada menos!, que atraparle por incauto.

Pescadores de hombres. Difícil menester. Todo se opondrá a esa labor de fe y de esperanza que consiste, sin más, entre silencios y rezos, en echar hacia el agua el cordel.

¿Pescadores posibles de unos hombres tan maduros, tan bien prefabricados, tan seguros de sí, tan aburridos, tan encajados en la máquina poderosa del progreso? Nada habrá más cómico. Sin embargo, a la pesca feroz que desde tierra los sabios, los poderosos más que nunca organizarán a base de industrias sutilísimas, ingeniosas, hipnotizantes, el pobre pescador opondrá su cañita...

José María de Llanos